



UNA DAMA
inocente

OLGA SALAR

Una dama inocente

Serie Damas #2

Una dama inocente.
© Olga Salar.
Primera edición: enero 2020
Fotografía de portada: Munyxdesign. Istock Photo.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o *transformación* de la obra, solo podrá realizarse con la autorización expresa de los titulares del copyright.

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Epílogo](#)

[Sobre Olga Salar](#)

[Otras obras de la autora](#)

— Yo no soy un ángel, señor — aseguré — . Y no llegaré a serlo hasta que me muera. Soy solo yo... No busque en mí nada celestial, porque no lo hay; Como tampoco lo hay en usted, ni yo lo espero.

Jane Eyre

Charlotte Brontë

Prólogo

Lady Agnes Carroway había recibido tres propuestas de matrimonio durante su primera temporada en Londres. Tres propuestas que, por supuesto, había declinado amablemente, con la esperanza de casarse por amor.

En esta, su segunda temporada, no solo había doblado las propuestas recibidas el año anterior sino que, además, inexplicablemente, se había convertido en una de las jóvenes más solicitadas por los caballeros que buscaban esposa.

Cada día se recibían en la mansión londinense del vizconde Edgehill ramos de flores con poéticas tarjetas de mano de sus más fervientes admiradores, tarjetas que iban acompañadas de solicitudes de bailes o de invitaciones para pasear por Hyde Park, lugar que la había convertido en una incomparable, así como constantes visitas sociales que habían sorprendido a todos los habitantes de la casa.

Y todo gracias al desplante que, aparentemente, le había hecho, tan solo unas semanas antes, al duque de Rutland, después de que él la ofendiera veladamente durante un paseo vespertino.

A su creciente popularidad había que añadir el hecho de que se la considerara la culpable de que el esquivo marqués de Rockingham, antes conocido como conde de Adernò, hubiera decidido regresar a la vida pública para codearse con la alta sociedad a la que con legitimidad pertenecía. Una sociedad que, olvidándose de escándalos pasados y atendiendo solo a su linaje y fortuna, lo había acogido con los brazos abiertos.

Fuera como fuera, el hecho indiscutible era que Lady Agnes estaba siendo, aparentemente, cortejada por ambos nobles: el marqués de Rockingham y conde de Adernò, y su primo, el duque de Rutland; el mismo caballero que, apenas unas semanas antes, la había informado de sus intenciones de seguir soltero.

Ante semejante situación, la inteligente Lady Agnes no podía menos que preguntarse si el interés de los nobles se debía a sus recientemente descubiertos encantos o a la rivalidad que existía entre ambos primos.

En cualquier caso, había un detalle importante a tener en cuenta, y ese era que la dama estaba decidida a comprometerse antes de que finalizara la temporada, a la que no le quedaban más que un par de semanas de vida; con tantos caballeros dispuestos a aceptar su mano, a Lady Agnes solo le restaba la parte más fácil del problema: enamorarse del adecuado.

Capítulo 1

La vida de Lady Agnes Carroway había cambiado a pesar de que había sido su hermana gemela, la ahora duquesa de Grafton, y no ella, quien se había casado recientemente. No obstante, Agnes tenía la molesta sensación de que se había quedado sola.

Y aunque eso no era cierto, ya que vivía bajo el mismo techo que su hermano, el vizconde Edgehill, y su esposa, y tenía la suerte de contar con amigos que la apoyaban y la hacían sentirse apreciada, el hecho era que Sophia, la persona con la que había siempre compartido todo ya no estaba con ella. La duquesa ahora se debía a su esposo y, aunque Agnes la visitaba en su nuevo hogar, la marcha de su hermana a Essex era inminente.

Hasta ese momento, Agnes siempre había contado con su gemela para todo. No había nadie que la conociera tanto como ella. Cuando estaban juntas había ocasiones en las que ni siquiera tenía que verbalizar sus sentimientos para que su hermana supiera cómo se sentía. Y, sin embargo, ahora, cuando más necesitaba de su sostén, su hermana se había mudado a la casa de su esposo y, debido al luto de la familia Manners por la muerte de su cuñado, el vizconde Portman, Sophia ni siquiera podía asistir a los bailes que quedaban para que finalizara la temporada.

Y aunque una parte de Agnes lo agradecía, porque de ese modo Sophia era ajena a los comentarios que se hacían sobre su repentina boda con el duque, otra parte de ella, menos generosa, la echaba terriblemente de menos y añoraba sus conversaciones de después de los bailes en las que esta se escabullía a su habitación y las dos acababan durmiendo juntas.

Gracias a Dios todavía tenía a las amigas de su cuñada y a Gillian. Era en esta última en la que se había apoyado durante los últimos días. E incluso Martin, quien siempre había tenido predilección por Sophia, había estado pendiente de ella, preocupado porque sintiera su ausencia, seguramente porque él también la sentía.

—Será mejor que me reserves dos bailes —le estaba diciendo Martin—, necesitas un descanso.

—¿Y bailar con usted se lo proporcionará? —preguntó Gillian con su habitual franqueza.

Martin pareció avergonzado, pero respondió igualmente.

—Si me reserva dos bailes dispondrá de tiempo para sentarse. No la voy a obligar a cumplir con su palabra si está agotada.

—Me gusta como piensa, milord —dijo Gillian y la vergüenza de Martin creció exponencialmente a la sonrisa que ella le dedicó.

Ansioso por alejarse, Lord Townshend se despidió con una reverencia y se marchó en busca de su próxima pareja de baile.

—Gillian, eres cruel —la regañó Agnes.

Ella compuso una expresión inocente.

—¿Por qué lo dices?

—Estoy segura de que disfrutas atormentando a Martin. Cada vez que se acerca a nosotras lo avergüenzas con tu franqueza.

—No es culpa mía que sea tan sensible.

—No es sensible, es más bien que tú eres demasiado directa.

—Eso no puedo evitarlo.

Agnes emitió una risita divertida.

—¡Lo sé!

Una risita que se cortó con rapidez cuando el duque de Rutland se detuvo frente a ella para solicitarle un hueco en su carné de baile.

Consciente de que había gente que no se perdía detalle del encuentro, Agnes sonrió y le tendió su carné de baile para que anotara su nombre en alguno de los huecos que estaban libres.

El duque, que estaba seguro de haberle ganado la mano al marqués de Rockingham, se quedó estupefacto cuando vio el nombre de su primo anotado junto al primer vals de la noche. Era la segunda vez en dos días que se le adelantaba. Molesto, se preguntó cómo lo hacía para llegar a ella antes que él.

¿La esperaba acaso en la puerta para abordarla en cuanto bajaba del carruaje o le apalabraba el baile la noche anterior?

—Lady Gillian, ¿me concedería usted también una pieza? —preguntó el duque por pura cortesía. La mujer que en realidad le interesaba era Lady Agnes, la cuñada de otro de sus primos, el duque de Grafton.

—Será un honor bailar con usted, excelencia —aceptó la dama.

El duque se anotó en el carné de Lady Gillian, y tras despedirse de ambas se perdió entre el gentío.

—Menos mal que no se ha anotado para los valeses —comentó la rubia—, el duque es muy educado y no hay duda de que es atractivo, pero tengo la sensación de que es demasiado circunspecto para mí.

Ante el comentario de su amiga Agnes revisó su propio carné. Ni siquiera había mirado para qué baile se había anotado el duque.

—Ha escogido un vals, ¿verdad? —preguntó Gillian al ver la expresión sorprendida de su amiga. El duque siempre se anotaba para bailar el vals con Agnes, el problema era que desde que Lord Rockingham había regresado a la sociedad tenía un duro competidor por el puesto.

Agnes negó con la cabeza.

—Una polca y la cuadrilla de antes de la cena.

—No hay duda de que es mejor que un vals —comentó Gillian riendo traviesa.

Si el duque había escogido la cuadrilla de antes de la cena no era porque le gustara el baile en cuestión, sino porque elegirlo implicaba que debía escoltar a Agnes al comedor.

—¿Dos bailes? —preguntó Agnes a nadie en particular.

Dos bailes era el máximo permitido, sin desatar un pequeño escándalo, que podían bailar juntos un caballero y una dama.

—Debe de estar de verdad interesado en ti.

—No lo está. Te lo aseguro —replicó ella, sin entrar en detalles.

Además de a Sophia, no le había contado a nadie la verdad sobre lo sucedido en Hyde Park. La conversación con el duque había sido de lo más humillante por lo que no tenía intención de reproducirla ante nadie.

De hecho, las suposiciones de la sociedad le eran favorables en comparación a lo que había sucedido realmente y el duque, como el caballero que era, no había dicho nada al respecto, permitiendo que se hablara de que había sido plantado cuando lo que había sucedido en realidad era que él había dejado claro a la dama que no estaba interesado ni en el matrimonio ni, por supuesto, en ella.

—Yo que tú no apostarías por tener razón —zanjó Gillian.

Agnes no protestó.

Capítulo 2

Lord Adler Rawson, duque de Rutland, no podía apartar de su mente a cierta dama, que, de un tiempo a esa parte, centraba todos y cada uno de sus pensamientos conscientes e inconscientes, dada la frecuencia con la que aparecía en sus sueños.

Sueños en los que siempre se encontraba en problemas y en los que era él la única persona que podía ayudarla. Las tribulaciones de la joven eran tan variadas que ya la había salvado de caer por un precipicio, de las gélidas aguas de un lago y de los escombros de un accidentado carruaje.

Y todo porque su subconsciente se empeñaba, de tan retorcidas maneras, en recordarle que debía sentirse responsable de ella.

Si no la hubiera ofendido insinuando que estaba tratando de pescarlo en un matrimonio, ella no le habría replicado dejándole plantado en medio de Hyde Park y, por lo tanto, su primo, el marqués de Rockingham, no habría reparado en su existencia, de modo que él podría estar disfrutando de los coletazos finales de la temporada sin tener que preocuparse por la virtud de una dama que, si bien siempre le había parecido encantadora, motivo por el que bailaba con ella en cada fiesta, nunca la había visto como a una potencial esposa.

La lealtad a su primo, el duque de Grafton, quien recientemente se había convertido en su cuñado, y su propia conciencia, le obligaban a velar por los intereses de la dama, lo que había creado cierta expectación entre la alta sociedad que, en modo alguno, suponía un inconveniente para ella, sino más bien todo lo contrario. Por esa razón había permitido que se especulara con un posible matrimonio entre ellos, consciente de que su supuesto interés la favorecía.

Como consecuencia de ser el poseedor del título de duque de Rutland sus preferencias se convertían en el interés de muchos. Y el que la sociedad creyera que estaba interesado en convertir a Lady Agnes en la futura duquesa de Rutland la había convertido en una dama a la que admirar y a la que priorizar como posible esposa de otros nobles.

Sonrió satisfecho mientras se alejaba de la pareja compuesta por Lady Gillian y Lady Agnes. Acababa de solicitarles un baile a ambas y ellas en concreto serían sus únicas parejas esa noche.

No es que no deseara bailar con nadie más, sino que, si no lo hacía, si no bailaba con nadie más que con Lady Agnes y con su mejor amiga, las habladurías sobre su interés por la dama ganarían fuerza y con ella la popularidad de la hermana del vizconde aumentaría, haciéndolo también sus posibilidades de casarse ese año.

Esa era la finalidad de los actos del duque, conseguir que la dama se casara con cualquier caballero que no fuera su primo, el marqués de Rockingham. Reece no era adecuado para ninguna dama, pero mucho menos para una de la valía de Lady Agnes. Una mujer como ella merecía un esposo de una moralidad intachable y Dios sabía que su primo no disponía de esa clase de cualidades.

—Rutland —llamó Lord Windford, quien se encontraba a unos metros de él, reunido con otros caballeros.

Consciente de que debía acercarse se encaminó hasta donde se encontraban los caballeros y los saludó cortés.

—Siento mucho lo del vizconde Portman —comentó Winford—, ya he enviado mis condolencias a tu primo. Espero que Lady Portman se encuentre bien de salud.

—Todo lo bien que se puede estar en estos casos —respondió siguiendo las convenciones.

—Una lástima lo que le ha sucedido al vizconde siendo tan joven —comentó el barón Worsley,

ganándose la aprobación de los presentes.

Adler se guardó su opinión para sí mismo. Su primo nunca le había dicho nada de modo directo, pero él sabía leer entre líneas por lo que sospechaba que el vizconde no era tan perfecto como pretendía dar a entender a la sociedad. Por otro lado, su prima siempre había sido una dama lozana que había sido capaz de jugar con ellos a cualquier juego que propusieran sin cansarse. Con la edad se hizo más comedida, pero, aun así, era una jinete excelente que disfrutaba del ejercicio físico, hasta que se casó con el vizconde, momento en que comenzó a ausentarse de los bailes y de los encuentros sociales, alegando problemas de salud.

—Menos mal que el joven vizconde cuenta con su tío. Imagino que su tutor es el duque de Grafton.

Adler asintió con sequedad.

—Así es —dijo sin entrar en detalles.

Después de todo, esa era la única parte de la que el vizconde podía sentirse orgulloso.

Las primeras notas de un vals captaron su atención. Se dio la vuelta para quedar de frente a la pista de baile, y buscó entre los bailarines a Lady Agnes. La divisó de inmediato porque era la que más destacaba por sus gráciles movimientos y su llamativo vestido.

—Si me disculpan —se excusó, al tiempo que se movía para colocarse lo más cerca posible de la pista sin invadirla.

—Excelencia —dijo una voz femenina a su lado.

—Lady Gillian —saludó confundido. Todavía faltaban unas piezas para su baile, de modo que no comprendía el motivo por el que la dama se había acercado a él.

—¿Sería tan amable de escoltarme hasta la mesa de refrigerios? Me gustaría cruzar unas palabras con usted.

—Será un honor —respondió desconcertado, al tiempo que le ofrecía el brazo para que ella enlazara el suyo.

—Gracias, excelencia.

La pareja se movió entre los asistentes sin despertar demasiada curiosidad. El duque no caminaba del brazo de la dama adecuada por lo que el interés se centró en la pista de baile y no en ellos.

—Mi padre desea que me comprometa esta temporada —comentó ella en cuanto el duque le tendió un refresco—, tanto que ha prometido buscarme él mismo un marido si yo no me decido por nadie antes de que finalice la temporada.

El duque, completamente asombrado con lo que estaba escuchando permaneció en silencio.

—Como sabrá apenas quedan unas semanas para que esto suceda, y mi padre, sabiendo eso, ha escogido al conde de Harewood como mi futuro esposo.

—¡Cielo santo! El conde es un necio. ¿Cómo podría su padre...? —se calló consciente de lo que se comentaba sobre la dama y sobre el propio marqués de Carisbrooke.

Según las malas lenguas Lady Gillian Bradbury era una consentida por la que su padre se desvivía, concediéndole hasta el más mínimo de sus deseos.

—Mi padre no es un títere en mis manos, excelencia. La sociedad está muy equivocada si piensa que puedo manejarlo a mi antojo —añadió—, es cierto que ha tratado de compensar la muerte de mi madre con regalos, no obstante, cuando toma una decisión que considera adecuada para mi futuro, es inflexible.

—No pretendía ofenderla ni a usted ni a su padre.

Ella frenó cualquier disculpa con un gesto de la mano.

—El caso es que he de escoger a un esposo cuanto antes si no deseo terminar casada con el conde.

—Me honra, milady, pero...

—No, excelencia, no me ha comprendido correctamente —lo cortó ella—. No es en usted en quien estoy interesada.

—¿Disculpe?

—Si no estoy equivocada, usted se opone a que su primo, el marqués de Rockingham, se case con Lady Agnes...

Adler dudó unos segundos antes de responder. Lady Gillian era amiga íntima de Lady Agnes por lo que no sabía hasta qué punto era adecuado informarla de sus planes.

Tras considerarlo un poco decidió que dado que era la dama quien había sacado el tema se podía confiar en ella.

—Así es. No considero que el marqués sea el caballero adecuado para una dama tan sensible como Lady Agnes.

—No tiene porqué darme explicaciones. Tan solo estaba constatando una sospecha.

—Es usted muy inteligente, Lady Gillian.

Ella sonrió con alegría.

—Si no le conociera, milord, aventuraría que está tratando de insultarme —bromeó ella, consciente de que la mayoría de los caballeros preferían a las damas poco instruidas.

—No ha sido esa mi intención.

—¡Lo sé, excelencia! Pero volviendo al tema que nos ha traído hasta aquí. ¿Qué le parecería que su primo, el marqués, se casara conmigo?

—¿Cómo ha dicho?

Ella suspiró, como si considerara que él era lento para comprenderla.

—Dado lo avanzado que está el cortejo entre Lady Agnes y el marqués no le veo mayor solución que usted mismo se case con Lady Agnes o que sea yo, quien lo haga con el marqués.

Adler abrió la boca para responder, pero la cerró sin ser capaz de pronunciar palabra.

—¿Está dispuesto a casarse usted mismo con Lady Agnes con tal de que no lo haga su primo?

—¡Por supuesto! —apuntó, demasiado rápido dada la expresión de triunfo que brilló en los ojos de Lady Gillian.

Capítulo 3

El marqués de Rockingham y conde de Adernò estaba disfrutando de su vals con Lady Agnes hasta el instante en que divisó a su primo, el duque de Rutland, parado a escasos metros de la pista de baile hablando con Lady Gillian Bradbury, e incluso perdió el paso cuando los vio a ambos marcharse cogidos del brazo.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Lady Agnes al notar su traspiés.

—Sí, lo siento. He sido de lo más descortés...

Ella rio divertida frenando su disculpa.

—No veo en qué puede haber sido descortés, milord. *Errare humanum est* —comentó con naturalidad, seguramente sin darse cuenta de que había citado a Séneca.

—¡Qué sorpresa, Lady Agnes! ¿no me diga que también conoce el latín?

Ella clavó los ojos desafiantes en él antes de responder.

—¿Tiene algo en contra de que las damas aprendan algo más que a coser y a pintar?

—Por supuesto que no. De hecho, soy un gran admirador de las damas que aprenden materias más allá de la costura, el saber dirigir una casa o el dibujo.

—En ese caso confesaré que tanto mi padre, antes de fallecer, como mi hermano, me han permitido e, incluso facilitado, el que yo pudiera estudiar materias que supuestamente están destinadas exclusivamente a los caballeros.

—Disculpe mi curiosidad, pero ¿qué otras disciplinas ha estudiado?

—Tuve un profesor que me enseñó latín, griego y matemáticas. Aunque he de reconocer que por mi cuenta he leído todo libro de historia que he podido conseguir.

—Precisamente mis asignaturas favoritas cuando estudiaba —comentó en un tono que Agnes reconoció de inmediato como falso.

—En ese caso, milord, es evidente que tenemos mucho en común.

—Eso no lo he dudado nunca, milady —concedió él con una sonrisa llena de picardía.

Siguieron bailando unos minutos en silencio hasta que el marqués volvió a tratar de comenzar una conversación.

—Hablando de cosas que tenemos en común, según tengo entendido es usted muy amiga de Lady Gillian.

Agnes le observó sorprendida. ¿Cosas en común? ¿Estaba tratando de decir que Gillian y él también eran amigos?

—Así es, milord. Lady Gillian es mi más querida amiga.

—Entiendo.

—¿Puedo preguntarle qué ha querido decir con que ella es algo que tenemos en común?

El marqués pareció sorprenderse por su pregunta.

—¿No lo sabe?

—¿Saber qué?

A su expresión de sorpresa se le unió el desconcierto.

—Mi padre y el marqués de Carisbrooke era íntimos amigos. Nuestros hogares están a solo una hora de distancia a caballo —y añadió muy serio—. Conozco a Lady Gillian desde siempre que pueda recordar.

Se calló antes de contarle que, durante un tiempo, ella había sido más que una amiga a la que había visto crecer. Sus padres habían acordado su compromiso y, mientras el viejo marqués de

Rockingham estuvo vivo, Gillian había sido su prometida, algo que por aquel entonces él no veía con buenos ojos. Gillian era menor que él por lo que tan solo la veía como una niña molesta que se dedicaba a perseguirle para que jugara con ella.

Gracias a Dios los dos eran demasiado jóvenes, por lo que el compromiso no había salido a la luz. A excepción de algunos pocos arrendatarios de ambos marquesados, nadie más sabía de su existencia.

A la muerte de su padre y tras convertirse en el nuevo marqués de Rockingham, Reece había cancelado el compromiso, decidido a hacer todo lo contrario a lo que esperaba de él su progenitor.

Para aquel entonces Gillian ya no era una niña sino una joven hermosa e inteligente que haría feliz al afortunado que se convirtiera en su esposo.

—Desconocía esa información.

—¿Lady Gillian no se lo ha dicho nunca?

Lady Agnes negó con la cabeza.

—Lo cierto es que no —respondió ella.

El marqués hizo un leve movimiento de cabeza como señal de que la había escuchado.

Siguieron dando vueltas, pero ninguno de los dos volvió a hablar, cada uno de ellos perdido en sus propios pensamientos, que, en realidad, no dejaban de ser el mismo. ¿Por qué Gillian no había mencionado a su mejor amiga su pasada relación con el marqués?

Capítulo 4

A Lady Agnes siempre se la había considerado la hermana tímida porque al compararla con su gemela, la diferencia de caracteres entre ambas siempre era notoria. No obstante, siendo justos, de Lady Agnes se podía decir que era serena, comedida, pero nunca tímida. No era una mujer que se avergonzara con facilidad, o que temiera expresar sus opiniones en público, sino que simplemente era prudente en sus juicios y, por encima de todo, carecía de prejuicios sobre los demás.

De algún modo siempre trataba de comprender la postura de la otra persona, lo que no la hacía tímida, sino con una capacidad innata de empatía.

Por todo ello, cuando tras el baile volvió a encontrarse con su amiga, Lady Gillian, en ningún momento la interrogó para descubrir más acerca de lo que el marqués le había contado sobre su pasada relación. Por encima de todo, Gillian era su amiga, y debía de haber algún motivo por el que no se lo había contado ella misma.

No obstante, aunque planeaba no hacer alusión a lo que acababa de descubrir, sí que decidió estar atenta a las reacciones que esta tuviera ante la alusión al marqués o a su cercanía.

Hasta ese instante, lo único que Agnes había notado era una leve inclinación de su amiga por el duque de Rutland. De entre sus pretendientes, el favorito de Gillian era, sin duda, el duque. No es que se lo hubiera dicho directamente; a pesar de ser demasiado directa para algunas cosas, para otras, más delicadas, solía ser muy prudente. No obstante, no había sido necesario que lo verbalizara ya que su manera de actuar la delataba.

Gillian era especialmente amable con el duque y, de algún modo, alentaba el interés de este por Agnes.

Preferencia que, hasta ese momento, no había tenido importancia, pero que tras conocer la relación entre el marqués y Gillian, cobraba cierta relevancia.

—¿Qué opinión tienes sobre el duque de Rutland, Gillian? —preguntó Agnes cuando pudo escaparse con su amiga al tocador. Entró con ella en uno de los compartimentos y se sentó para recuperar un poco el resuello.

Ambas llevaban toda la noche bailando y aunque, podían descansar en la mesa de los refrigerios e incluso tomar una bebida refrescante, lo cierto era que eso no las alejaba de la atención de los presentes, que aprovechaban la oportunidad para acercarse e iniciar conversaciones intrascendentes sobre el tiempo o el aburrimiento. Todas ellas tan tediosas que era imposible no replantearse regresar a la pista de baile.

—Creo que es un caballero apuesto, educado y un gran partido.

—¿Crees que es adecuado para mí? —preguntó Agnes sin darle más vueltas.

Gillian parpadeó sorprendida, esa no era la clase de preguntas que hacía su amiga. Eran más propias de Sophia que de ella.

—Creo que sería adecuado para cualquier dama.

Agnes asintió.

—¿Y el marqués? ¿Qué opinión tienes del marqués?

La rubia no respondió de inmediato. Se tomó unos segundos para pensar en una respuesta.

—No puedo decir lo mismo del marqués.

—¿Por qué?

—Con franqueza, no le veo como tu esposo —dijo, remarcando el posesivo.

Agnes siguió pensando que lo mejor que podía hacer era mantener en secreto lo que el marqués

le había contado, aun así, no pudo evitar preguntar.

—¿Por qué piensas eso? Creía que no le conocías bien.

—Y así es. No le conozco bien. Ya no.

Tras la última frase de Gillian, Agnes se relajó. Su amiga no iba a mentirle, se dijo.

—¿Ya no?

Asintió con levedad.

—Hace años supongo que podía decirse que éramos amigos, o todo lo amigos que pueden llegar a ser una niña y un jovencito —se encogió de hombros.

—¿Por qué no me lo habías contado? —ahora que estaba dicho no pudo evitar la pregunta.

—Supongo que me daba vergüenza.

La respuesta no era para nada lo que Agnes esperaba por lo que no supo cómo responderle.

—Si te contaba que nos conocíamos tenía que contarte el resto, y es esa parte la que me avergüenza.

—Gillian —alargó la mano y tomó la de ella. La tenía tan fría que le dio un escalofrío tocarla.

—¿Te encuentras bien? ¡Estás helada!

—Estoy bien.

—No es necesario que hables de ello si no lo deseas.

—Debo hacerlo, mereces saber la verdad.

Agnes no habló, estaba más que dispuesta a darle el tiempo que necesitara para hablar.

—El viejo marqués de Rockingham y mi padre eran amigos. Tanto que cuando yo nací redactaron un contrato de compromiso. Un contrato que se formalizó cuando yo cumplí trece años.

—¿Estás prometida al marqués? —interrumpió Agnes, sin poder esperar a que Gillian terminara con su relato.

—No. Ya no. El marqués rompió el compromiso a la muerte de su padre.

—Ningún caballero haría tal...

—El marqués no es un caballero. Es lo que trataba de decirte —cortó, todavía dolida por el pasado.

—¿Por qué te avergüenzas por lo sucedido? No es culpa tuya. Tú no hiciste nada malo.

Gillian se encogió de hombros.

—No fui lo bastante buena como para que mantuviera su palabra.

—Es horrible que digas eso de ti misma —la regañó horrorizada—. Eres encantadora, Gillian, no te permitas dudar sobre ello.

—Gracias, querida. Y siento no habértelo dicho antes. Lo cierto es que no pensaba en ello hasta que el marqués decidió regresar a la sociedad por ti.

—Estoy segura de que no lo ha hecho por mí.

—¿Puedo yo ahora preguntarte algo a ti?

—La respuesta a tu pregunta es no.

Gillian la observó con interés antes de replicar.

—¿Por qué me das una respuesta sin conocer la pregunta?

—¡Oh, querida! Porque sí que la conozco y la respuesta sigue siendo no. No voy a casarme con el marqués de Rockingham si él me lo pide.

—¿Por lo que te he contado?

Agnes asintió sin apartar la mirada de sus ojos.

—No deseo que me tengas lástima.

—No se trata de lástima, sino de honor y amistad. Jamás aceptaría al caballero del que está

enamorada mi mejor amiga.

—Pero ¿y tus propios sentimientos? —inquirió sin negar las palabras de Lady Agnes.

—Mis sentimientos no le pertenecen al marqués.

Capítulo 5

Lady Agnes sentía que debía hablar con su hermana, por lo que a la mañana siguiente a su conversación con Lady Gillian, escribió una nota y mandó a un lacayo a casa de la duquesa para informarla de su visita. Unos minutos más tarde regresó el criado con la respuesta de que su hermana la esperaba.

Sonrió al leer la nota. El luto por la muerte del vizconde Portman tenía a Sophia alejada de los bailes. Su boda ya había sido todo un escándalo por lo que habían tratado de evitar que este creciera y se habían alejado de los eventos de la temporada. No obstante, Sophia se había opuesto a dejar Londres y marcharse a Essex hasta que esta terminara. En primer lugar, porque no quería alejarse de su familia y, en segundo lugar, porque marcharse supondría recibir la visita de la vizcondesa con quien Sophia no se llevaba bien, después de haber sido testigo involuntaria de los consejos que esta le daba a su hermano.

Contenta con la posibilidad de ver a su hermana, Agnes subió a su dormitorio a por un sombrero y una capa y llamó a una de las doncellas para que la acompañara. Había ocasiones en que la visitaba con Caro, pero su cuñada todavía no se había levantado y no quiso molestarla.

Tal y como había prometido, Sophia la estaba esperando en el salón cuando llegó. Su hermana se había negado a vestir de luto por lo que llevaba un sencillo vestido de muselina verde.

Aunque se había convertido en una nueva duquesa de Grafton, el luto del duque hacía que apenas tuviera visitas lo que le permitía vestir con cierta libertad. Menos mal que en el caso del duque el luto solo duraba seis meses, pensó Agnes, porque de alargarse más tiempo su hermana sería capaz de organizar otro nuevo escándalo asistiendo a algún baile.

—¿Por qué no viniste ayer? —pidió nada más verla.

Agnes sonrió con cierta diversión.

—Eres una recién casada cuya familia está de luto. No puedo venir todos los días.

—Por supuesto que puedes. ¡Eres mi hermana!

—¿Qué sucede? ¿Te aburre tu vida de casada? —preguntó en un susurro, a pesar de que estaban a solas.

—No exactamente.

—Entonces ¿qué sucede?

—Creo que estoy comenzando a desagradar a Andrew.

Agnes amagó una risita.

—Eso es imposible. ¿Por qué lo crees?

Sophia se acercó más a su hermana en el sofá y susurró.

—Por las noches me mira y gruñe.

—¿Gruñe?

La duquesa asintió con vehemencia.

—Creo que odia compartir el dormitorio conmigo. Cuando se lo comenté estuvo de acuerdo, pero ahora cada vez que se mete en la cama, a mi lado, gruñe y frunce mucho el ceño.

—Tal vez sea por un motivo distinto al que crees. No creo ni por un instante que le desagrades a tu esposo.

—Yo no estoy tan segura, pero ¡cuéntame! ¿Ha sucedido algún escándalo que yo desconozca?

—En realidad ha sucedido algo, aunque no es un escándalo propiamente dicho.

—¡No importa! Cualquier novedad es bienvenida.

Agnes no esperó nada más. Se lanzó a relatarle a su hermana lo sucedido la noche anterior. Su conversación con el marqués y la consiguiente confesión de Lady Gillian sobre su compromiso roto. Sophia la escuchó interesada, no obstante, no dejó de hacerle preguntas.

—Pobre Gillian —se lamentó la duquesa—. Aunque nadie llegara a saber lo sucedido, debió de haber sido terrible para ella.

—Y eso no es lo peor. Su padre quiere obligarla a que se case cuanto antes, ya le ha buscado candidato.

—¿El marqués?

—No. Por supuesto que no. Después de la ruptura del compromiso, el marqués de Carisbrooke retiró su amistad a Rockingham.

—Es comprensible. Ningún caballero haría algo así. ¿Deseas que le pregunte a Andrew sobre el tema?

Agnes negó con la cabeza.

—No quiero poner a Gillian en un compromiso.

—No creo que dijera nada, pero supongo que es mejor si dejamos el tema —y añadió al comprender que el asunto iba más allá de Gillian—, ¿qué vas a hacer tú con el marqués? ¿Sigue cortejándote?

—Bailamos y me ha invitado un par de veces a pasear por Hyde Park, pero no hay nada oficial. Por lo que sé, ni ha hablado con Phillip ni ha insinuado ningún interés por mí.

—¿Qué harás si lo hace?

—Rechazarle con educación.

—¿Por Gillian?

—Y por mí. Sobre todo, por mí.

Capítulo 6

Aquella tarde se presumía como otra cualquiera, hasta que, además de las flores que llegaban cada tarde a la mansión del vizconde Edgehill en Londres, apareció una visita tan inesperada como bienvenida.

Las damas estaban en el salón tomando el té con otros invitados cuando el mayordomo entró portando una bandeja de plata que contenía una tarjeta.

—Milady, el duque de Rutland solicita ser recibido por Lady Agnes —anunció este a la vizcondesa, quien miró a su cuñada para comprobar si esta esperaba su visita. No obstante, el ver la expresión de sorpresa de Agnes se dio cuenta de que el gesto del duque era asombroso para ambas.

—Alfred, por favor, pídele que pase y trae más té.

—Por supuesto, milady —se despidió este para cumplir con lo que le pedían, haciendo una de sus exageradas reverencias.

Dos de los pretendientes de Lady Agnes que se encontraban en ese momento en el salón se levantaron abruptamente, y tras disculparse por haber olvidado un compromiso previo, se marcharon antes de que el duque hiciera acto de presencia en la estancia.

La única persona que no se movió de allí fue Lord Townshend, quien como íntimo amigo de la familia no se amedrentó por tan ilustre visita.

—Agnes, ¿hay algo que deba saber? —preguntó Caro en voz baja a su cuñada. No ya por evitar ser escuchada por Martin, sino para evitar que el duque lo hiciera si entraba en ese momento en el salón.

—No —dijo sonrojándose—. Estoy tan desconcertada como tú.

—Es evidente que está aquí para cortejarte —intervino Martin con el ceño fruncido.

Hacía solo unas semanas que había perdido a Sophia en favor del duque de Grafton y al parecer, estaba a punto de perder a la otra hermana Carroway también por culpa de un duque, lo que no le hacía demasiada gracia.

—¡Martin! —le regañó Caro al ver entrar al visitante.

El recién llegado saludó a las damas y al vizconde, y tomó asiento muy sereno.

Durante los siguientes quince minutos la conversación giró en torno al clima y a los próximos eventos que iban a tener lugar esa semana, hasta que el duque cambió de tema e invitó a Lady Agnes a dar un paseo por Hyde Park.

La aludida se quedó tan desconcertada que tardó más de lo adecuado en responder.

—Es usted muy amable, excelencia, pero no puedo dejar solo a mi invitado —señaló a Martin—, sería descortés.

—Martin es de la familia, querida —protestó Caroline—, estoy segura de que no le importará quedarse conmigo haciéndome compañía. Ya sabes que tu hermano está encerrado en su estudio trabajando.

Agnes le lanzó una disimulada mirada fulminante a su cuñada y fingió una sonrisa.

—En ese caso será un placer acompañarle, excelencia. Si me disculpa unos minutos iré a por mi chal.

El duque asintió solemne y ella abandonó el salón a toda prisa. Demasiado preocupada por volver a tener que dejarse ver con él en el parque. Si bailar con él ya generaba cotilleos salir de paseo en su compañía los multiplicaría.

Entró en su dormitorio y cerró de un portazo malhumorado. Esa era la peor parte de haber casado a su hermana, pensó, el no tenerla cerca para poder comentar con ella lo que acababa de suceder.

Diez minutos más tarde el duque de Rutland y Lady Agnes salían de la mansión del vizconde de camino a Hyde Park y, mientras que el duque parecía sereno y tranquilo la cabeza de la dama bullía llena de preguntas que no estaba segura de atreverse a formular.

Durante el trayecto hasta el parque apenas hablaron, quizás porque ella no se atrevió a mencionar sus dudas o, quizás, porque no tenían nada que decir, no obstante, al llegar se toparon con demasiados curiosos que se acercaron a ellos, aparentemente para saludarles, pero que en realidad solo pretendían descubrir hasta qué punto los chismes sobre ellos eran ciertos.

—Excelencia, espero que no me malinterprete, pero ¿considera adecuado que nos mostremos tan públicamente? Tal vez el salón de mi cuñada fuera más... conveniente —comentó Agnes cuando finalmente se quedaron a solas, a excepción, por supuesto, de la criada que ejercía de carabina a una cierta distancia.

El parque era lo bastante público para que fuera innecesaria, sin embargo, Agnes había insistido en llevarla. No estaba dispuesta a que el duque la acusara otra vez de intentar pescarle.

—¿Disculpe, milady?

—¿No está de acuerdo conmigo en que este paseo va a generar comentarios? —no aclaró a qué tipo de comentarios se refería puesto que no era necesario.

El duque la miró impasible.

—Si no lo estuviera sería un necio. ¿No cree?

Agnes parpadeó, sorprendida por su respuesta. Tan solo unas semanas antes él la había informado, en ese mismo lugar, de sus intenciones de seguir soltero, por lo que su repentino y notorio interés era, cuanto menos, confuso.

Al ver que ella no respondía, el duque volvió a tomar el peso de la conversación.

—Por si le queda alguna duda, milady, la estoy cortejando. Y para su información cuento con el permiso de su hermano.

—¿Cómo dice? ¿Ha hablado con Phillip?

—Así es. Hablé con él esta misma mañana para exponerle mis intenciones.

—¿Sus intenciones?

—Deseo casarme con usted, aunque no tome mis palabras como una propuesta porque no lo es. No creo que esté preparada para aceptarme.

—Usted me dijo que no deseaba casarse.

Él la miró muy serio.

—He cambiado de opinión. ¿Acaso cambiar de opinión es una prerrogativa solo de las damas?

—Phillip nunca me obligaría a casarme con alguien con quien no deseo hacerlo —comentó más para sí misma que para que el duque la escuchara.

—Su hermano me ha informado de ello. Es por eso por lo que tengo previsto cortejarla antes de hacerle la necesaria propuesta.

Agnes no respondió, principalmente porque temía más que a nada hacer la pregunta. Sin embargo, sabía que debía formularla por su propia salud mental, por lo que se armó de valor, respiró hondo y le lanzó sin titubeos su mayor temor.

—¿Por qué desea casarse conmigo, excelencia?

—Para evitar que contraiga matrimonio con mi primo. ¿Por qué si no? No deseo que se

convierta en una desgraciada, milady. La aprecio lo bastante como para desear protegerla.

—¿Me aprecia?

—Eso he dicho. ¿No me cree?

Ella negó con la cabeza, demasiado conmocionada como para verbalizarlo.

—Le creo, excelencia. Ese es el problema.

Capítulo 7

—¿Que le dijiste qué? —inquirió el duque de Grafton levantándose de golpe de la silla y atrayendo con ello las miradas de varios de los socios del White's que leían tranquilamente el periódico.

—La verdad. No me parecía adecuado mentirle a una dama —replicó Adler.

—Decirle a una dama la verdad es lo peor que puede hacer un caballero —explicó Andrew volviendo a tomar asiento—. Olvídате de todo lo que te dijo tu padre y grábate estas palabras en la cabeza.

—Te recuerdo que Lady Agnes es tu cuñada —le amonestó.

—Ser mi cuñada no la exime de ser una dama. ¿Acaso le dijiste a María que la dejabas porque te habías cansado de ella? —preguntó refiriéndose a su antigua amante, María Bianchi, una cantante italiana.

—María no es una dama.

—Es una mujer y para el caso es lo mismo.

—No creo que debas comparar a Lady Agnes con María.

Grafton le miró exasperado.

—No he hecho tal cosa. Tan solo trataba de hacerte ver que con las mujeres no hay que ser tan literal. La sinceridad a veces puede pecar de ofensiva.

—Insinúas que debo mentirle.

—¡No! Te aconsejo que debes ser más comedido con lo que le revelas.

Lord Adler lo pensó unos segundos.

—¿Crees que va a rechazarme?

Su primo asintió sin titubeos.

—Estoy seguro de ello, a menos que...

—¿A menos que qué?

—A menos que consigas enamorarla y, aun así, es posible que te rechace. Si conozco bien a Lady Agnes, y creo que lo hago, ya que es como mi esposa. No se casará con nadie a quien no ame y con quien, no la ame del mismo modo.

—¿Qué tratas de decir?

—Que vas a tener que enamorarla y demostrarle que sientes por ella algo más profundo que aprecio.

Adler frunció el ceño, molesto.

—Pero ya te he dicho que no estoy enamorado de ella. Solo lo hago para protegerla.

El duque de Grafton le miró con un brillo de burla en sus ojos.

—No seas estúpido, Adler, nadie se casa con una mujer que no ama si no va a sacar algún provecho con ello. Ni siquiera tú.

—Pero...

—Además, Reece no es ningún canalla del que debas protegerla. Yo que tú meditaría bien cuáles son mis motivos para casarme, en lugar de auto engañarme con sandeces.

No esperó a que su primo le replicara. Se levantó de su silla y se encaminó hasta la puerta. Tenía que regresar a la tortura que le esperaba en casa, pensó Grafton, donde su preciosa y adorada mujer no le permitía más que besarla, a pesar de que él se moría, casi literalmente, por devorarla y demostrarle lo mucho que la amaba.

El duque de Rutland, por su parte, se quedó donde estaba dándole vueltas a las palabras de su primo.

Había sido educado para ser el perfecto caballero. Su estricto padre le había inculcado que no debía mentir a las damas, salvo contadas excepciones donde una mentira o una media verdad estaban permitidas, como era en algo tan socialmente aceptado como tener amantes.

Por ese motivo había sido directo con Lady Agnes esa misma tarde. Del mismo modo en que lo había sido semanas atrás cuando la informó de que el matrimonio no entraba en sus planes.

Ni entonces ni ahora había pretendido ofenderla o lastimarla, sino simplemente ser honesto con ella. Y ahora, tras hablar con Andrew, descubría que su honestidad, lejos de ayudarle en sus propósitos, le había creado problemas.

Considerando que su primo era un hombre casado nada más y nada menos que con la hermana gemela de la mujer a la que pretendía, lo más inteligente que podía hacer era tener en cuenta sus consejos, se dijo, dispuesto a hacerle olvidar a Lady Agnes sus sinceras palabras.

Definitivamente en esos momentos su única opción era enamorarla, y si para hacerlo debía seducirla, estaba más que dispuesto a ello. Puede que no estuviera prendado de la dama, pero no tenía ninguna duda de que de todas las señoritas que conocía ella era, sin lugar a duda, su favorita.

Capítulo 8

Lady Agnes había aceptado la invitación para bailar con el marqués de Rockingham por puro despecho. Las palabras del duque todavía resonaban en su cabeza despertando su mal humor. Era evidente que Hyde Park era el peor lugar de todo Londres para ella, de hecho, no recordaba otro sitio en el que un caballero la hubiera humillado no una, sino dos veces.

Aunque siendo justos con la población masculina, el único caballero que se había atrevido a ofenderla en toda su vida había sido el duque, el resto de los hombres que conocía eran extremadamente educados y correctos.

En cualquier caso, el único motivo por el que bailar con el marqués le despertó una pizca de culpa fue por su amiga Lady Gillian. No obstante, el que no hubiera obrado como un caballero con ella, rompiendo el compromiso, no era una afrenta que Agnes tuviera que asumir como suya.

—¿Es cierto lo que se comenta esta noche? —preguntó el marqués mientras bailaban, sacándola de golpe de sus pensamientos.

—Mis disculpas, milord, pero desconozco los chismes que se han generado esta noche —respondió con sinceridad. Había estado tan absorta en sí misma que apenas había reparado en las miradas curiosas que le lanzaban los cotillas.

Él sonrió con diversión.

—Los chismes son sobre un suceso que ha tenido lugar esta tarde.

Agnes esperó a que le diera más datos, a pesar de que, tras la explicación, tenía ciertas sospechas de a lo que se refería.

—¿Es verdad que mi primo la ha visitado esta tarde en casa de su hermano?

—Es cierto.

—En ese caso supongo que también lo es que ha salido a pasear a solas con él.

—No he salido a solas con él —aclaró—. Nos acompañaba una criada. Por lo demás, veo que está usted al tanto de los movimientos de su primo.

Ante lo que daba a entender su respuesta el marqués se puso muy serio. Agnes notó que su agarre se endurecía, no como para hacerle daño, pero sí para que ella fuera capaz de notar el cambio.

—No puede importarme menos lo que haga mi primo, milady. Lo que me interesa es lo que hace usted.

—No creo que...

—No puede ser que no sepa que usted me interesa —interrumpió sorprendiéndola.

Ella trató de controlar el suspiro que salió de su pecho. Otra vez no, se dijo. No iba a ser capaz de mantener la compostura si el marqués le decía que deseaba cortejarla para evitar que se casara con su primo.

—Parece molesta por mi confesión. Espero no haberla ofendido.

—¿Por qué le intereso, milord? —lanzó la pregunta del mismo modo directo en que lo había hecho por la tarde.

El marqués sonrió.

—Es usted una dama encantadora —dijo con seguridad en sí mismo. Agnes comprendió que el marqués era mucho más peligroso que el duque de Rutland ya que él sabía cómo confundir a una dama con sus palabras.

—Y usted muy amable.

El marqués no volvió a tocar el tema, pero a las cavilaciones de Agnes se le unió una nueva. Sin haber hecho nada para propiciarlo se encontraba en medio de las rencillas familiares del duque de Rutland y del marqués de Rockingham.

—Me gustaría pedirle un favor —volvió a hablar su pareja de baile.

—Si está en mi mano ayudarle.

El marqués sonrió encantado con la respuesta.

—Estoy pensando en dar un baile en mi casa y necesitaría una anfitriona que me ayudara a organizarlo y a recibir a los invitados esa noche. ¿Podría contar con su ayuda?

—¡Lo siento, milord! Si aceptara ser su anfitriona la sociedad llegaría a conclusiones erróneas respecto a nuestra relación.

—¿Está rechazándome?

—Si pregunta si estoy rechazando su petición para que sea su anfitriona la respuesta es sí.

Lord Reece Hardburn tuvo que aceptar que la dama se volvía más interesante a cada instante que pasaba con ella. Era evidente que se había dado cuenta de sus intenciones por lo que debía cambiar de estrategia.

—En ese caso trocaré mi idea de dar una fiesta por una cena con amigos. ¿Qué le parece Vauxhall como escenario? —y añadió con picardía—. No me negará su compañía, ¿verdad? Por supuesto puede venir acompañada de Lord Townshend. Estoy seguro de que su amigo no se negará a acompañarla si le informa de que también asistirá la señorita Bianchi.

Ante la mención de la antigua amante del duque de Rutland, Agnes se tensó en los brazos del marqués.

—Estoy segura de que Martin aceptará si en lugar de la señorita Bianchi invita usted a Lady Gillian Bradbury —dijo consciente de que estaba diciendo una mentira.

No podía negar que Martin parecía nervioso cerca de Gillian, pero Agnes no estaba segura de si le sucedía porque sentía cierta inclinación por la dama o porque le avergonzaba la franqueza con que ella lo trataba. Fuera como fuera su treta surtió efecto porque la expresión impasible del marqués se descompuso unos segundos.

—Si eso es lo que desea le enviaré una invitación también a su amiga. Lo que no puedo garantizarle es que su padre le permita asistir, o que Lady Gillian acepte la invitación.

—¿Por qué se iba a oponer el marqués de Carisbrooke? Si no recuerdo mal usted mismo me dijo que su padre y el marqués eran íntimos amigos —comentó dejando de lado la alusión a su amiga.

—Así es. No le menté cuando lo dije.

Agnes esperó a que se explicara, no obstante, Reece era reacio a hacerlo.

—Digamos que el marqués no me aprecia tanto como apreciaba a mi padre —explicó por fin.

—Entiendo —respondió ella, dando por finalizado el tema.

Quince minutos después se encontraba bailando con otro caballero, sin embargo, no podía dejar de darle vueltas a sus propios sentimientos. Estaba tan confundida y tenía tantas ideas en la cabeza que era evidente que necesitaba ordenarlas, tomar una decisión y actuar en consecuencia. Después de todo, seguía decidida a encontrar esposo esa misma temporada. Y aunque tenía sus preferencias, debía dar prioridad a aquel que iba a ser capaz de hacerla feliz para siempre.

Capítulo 9

Desde que la había acompañado a casa, esa misma tarde, Agnes no había vuelto a ver al duque de Rutland, a pesar de estar segura de que había asistido al baile de los Clare; y aunque una parte de ella se alegraba de no haberse cruzado con él, otra parte menos sensata había esperado que continuara con su costumbre de anotarse en su carné para el baile previo a la cena.

Fuera como fuera y tras su baile y correspondiente conversación con Rockingham sus dos pretendientes más activos, el marqués, que no había vuelto a acercarse a ella, y el duque, que no lo había hecho hasta el momento, decidieron darle un respiro, por lo que se encontró con más huecos en su carné de los esperados.

Consciente de que todo el mundo esperaba verla bailar con el duque el baile antes de la cena, se encaminó hacia el tocador de señoras para evitar los comentarios que, sin duda, generaría el no verla en la pista con él.

El tocador era el mejor lugar, se dijo Agnes, salir a la terraza sería una pésima idea porque dado el calor que reinaba en el salón de baile era imposible que ninguna pareja hubiera escapado al fresco que prometía aprovechando la intimidad que esta confería. El tocador, en cambio, estaría vacío a esas horas, ya que las damas andaban a la caza de la pareja que las escoltara durante la cena. Con esa idea en mente salió del salón, evitando las zonas más concurridas y llegó al pasillo que llevaba al tocador.

Estaba cruzándolo tranquilamente cuando sintió que alguien asía su mano y tiraba de ella.

Agnes ahogó un grito cuando sintió un cuerpo duro a su espalda y una mano le tapó la boca con delicadeza.

—No grite —pidió una voz masculina en su oído.

Estaba tan desconcertada que no atinó a identificarla por lo que se revolvió tratando de que su opresor la soltara.

—Agnes, por favor, estese quieta —pidió la voz del duque de Rutland al tiempo que le permitía darse la vuelta para mirarle—. Voy a soltarla, así que no grite.

Ella asintió con la cabeza y él la liberó.

—¡Está loco! Me ha dado un susto de muerte —le espetó en un susurro furioso.

—¡Sígame! —pidió él volviendo a asir su mano.

—¡Excelencia! —protestó ella, pero él siguió arrastrándola por los pasillos de la mansión de los Clare sin atender a sus palabras.

En un momento dado, tras llevarla por recovecos que no conocía, el duque abrió una puerta y unas escaleras descendentes se abrieron ante ellos. La hizo bajar tras él.

No había duda de que estaban en el ala de los criados decidió Agnes al ver los oscuros y humildes pasillos, con paredes desprovistas del ornamentado papel de pared del piso de arriba o de luces que los iluminaran.

—¿A dónde vamos? —preguntó cuando la oscuridad se los tragó.

—A donde estemos a solas.

Lady Agnes se paró a pesar de que Adler seguía tirando de ella. Este se detuvo al comprender que la dama temía a la oscuridad o quizás a él, no estaba seguro de a qué temía más.

—No debe preocuparse —susurró, a pesar de que nadie podía escucharlos—, conmigo está a salvo.

—No estoy preocupada —se defendió ella—, es solo que no comprendo qué hacemos aquí.

Adler se colocó frente a ella lo que la obligó a pegarse a la pared para mantener la distancia de él. Apenas lograba verlo, pero sentía su cercanía a pesar de la oscuridad.

—Estamos aquí porque deseo que sea mi esposa.

—Lo siento, excelencia, pero no le veo relación a ambas cosas.

Él sonrió. Era evidente que estaba preocupada, pero, aun así, estaba decidida a hacerle frente. Por muy inocente que fuera, estaba seguro de que su hermano, o más probablemente su cuñada, la había avisado sobre los peligros de quedarse a solas con un caballero.

—Tengo la intención de enamorarme de usted si promete casarse conmigo —musitó él casi sobre sus labios.

—No puedo hacer eso, excelencia. Lo que sí que puedo prometerle es que me casaré con usted si se enamora de mí.

El duque sonrió consciente de que había dado con una maravillosa adversaria. No solo era inocentemente hermosa, sino que también era valiente y audaz.

En esos instantes se planteó el por qué Lady Agnes pasaba desapercibida en favor de su hermana. Lady Sophia poseía un carácter más directo y jovial, pero Lady Agnes era mucho más intrigante e interesante que su hermana. Mientras que la duquesa de Grafton mostraba todo lo que era prácticamente desde el instante en que alguien cruzaba unas palabras con ella, Lady Agnes era un cofrecillo del cual iban saliendo piedras preciosas conforme se iba abriendo.

—No obstante, sigo sin comprender qué hacemos aquí —insistió ella—, creo que lo mejor es que regresemos al baile. La cena estará a punto de comenzar y...

—No solo deseo enamorarme de usted, milady, también deseo que usted me ame y creo que para eso es imprescindible que me conozca mejor.

—Le conozco, excelencia. Sé que es primo de mi cuñado y sé...

—No de ese modo, querida.

—¿De qué manera, pues, espera que le conozca? —inquirió sin amedrentarse.

—De un modo que no es adecuado para un salón de baile, o para un paseo por Hyde Park.

—¡Oh! ¿Está diciendo que desea besarme? —preguntó con un hilo de voz.

Él asintió y Agnes tuvo que adivinar su gesto porque apenas le veía.

—He conseguido el permiso del vizconde para cortejarla, de modo que ahora deseo conseguir su aceptación, y para ello he decidido que nuestro cortejo debe ser... diferente. ¿Está de acuerdo conmigo?

—No puedo estar de acuerdo sobre algo que desconozco, excelencia.

—¿Nunca la han besado? —preguntó con un matiz de triunfo en la voz—. Maravilloso, entonces yo seré el primero.

Y tras el anuncio le sujetó la barbilla con suavidad y se la levantó a fin de posar sus labios sobre los de ella... con una caricia dulce y tierna que no hablaba precisamente de amor apasionado. Puede que sí de inclinación, pero no de amor.

Aun así, Agnes no se resistió y permitió que la besara.

Aturdida, y un poco mareada por las sensaciones, posó las manos sobre el pecho del duque, cubierto por la chaqueta de seda, como si con ese simple gesto pudiera encontrar la estabilidad que sus piernas le negaban.

Al notar su debilidad, el duque colocó una de las manos en la parte posterior de su cabeza para mantenerla inmóvil mientras intensificaba el beso, acariciándole los labios hasta que a Agnes no le quedó otro remedio que ceder y separarlos.

La lengua del duque invadió su boca y lo que había comenzado como una inofensiva caricia

estaba tomando cada vez un cariz más apasionado. De repente, su mente dejó de funcionar mientras sentía sus manos afanándose en desabrochar su corpiño para cubrir la tibia piel de su garganta con una lluvia de besos.

Después sus labios regresaron a su boca y siguió besándola hasta que ella emitió un gemido de placer que los desconcertó a ambos.

El duque se separó de ella y le acarició la mejilla con afecto.

—Suficiente por esta noche, querida.

—No creo que deba llamarme de ese modo —protestó ella.

—Después de lo que acabamos de compartir y de las promesas que nos hemos hecho tengo todo el derecho a llamarte así —hizo una pausa antes de continuar—, tú también puedes llamarme Adler.

—No creo que...

—Una cosa más, querida —la cortó él—, no te acerques demasiado a mi primo. Mis intenciones son honestas, lamentablemente no puedo decir lo mismo de las tuyas.

—¿Honestas, excelencia? —se alteró ella—. ¿Traerme hasta aquí para besarme le parece honesto?

El duque soltó una carcajada de diversión. Cada vez estaba más convencido de haber hecho lo correcto. Grafton le había dicho que no tenía que ser rabiosamente honesto con las damas, sino que debía de tratarlas con cuidado y él había decidido fusionar sus consejos con su modo de ser, por lo que le había dado a Lady Agnes toda la sinceridad que él creía que merecía, con el toque de sensualidad que pretendía que rigiera su matrimonio.

—La deseo y deseo que sea mi marquesa, milady. No he podido ser más honesto con usted.

Ella lanzó una emocionada exclamación de sorpresa y optó por no decir nada más. No podía, ahora tenía que organizar el cúmulo de pensamientos que la aturdían, pero para ello era indispensable que su cuerpo dejara de recordar las caricias que acababa de recibir.

Capítulo 10

Agnes no podía seguir fingiendo que le estaba prestando atención al libro que sostenía en sus manos, se dijo mientras, tendida en su cama, leía por octava vez el mismo párrafo.

El duque la había pillado con la guardia baja esa noche en el baile de los Clare. Tanto que, tras el beso, y sin darse cuenta de lo que hacía, había aceptado la propuesta de este de mantener un cortejo poco convencional. Y dado lo sucedido esa noche, Agnes no dudaba de a qué se refería este con lo de poco convencional.

Se llevó dos dedos a los labios y suspiró, tratando de ordenar sus pensamientos.

Por un lado estaba Adler, quien se estaba tomando demasiadas molestias para convencerla de que aceptara su mano si únicamente le movía el deseo de protegerla, y por el otro el marqués, al que había renunciado después de conocer su relación con Gillian. No obstante, en ningún momento había sentido por él lo que el duque le inspiraba.

Desde el primer momento en que le conoció, Adler fue su única opción. Aunque tampoco era menos cierto que con sus atenciones el marqués se había ganado su afecto, en ningún momento lo había visto como algo más que un inesperado aliado en una batalla absurda por recuperar su maltrecha dignidad.

Fuera como fuera, el duque le había hablado de amor como algo hipotético, algo que pretendía que sucediera. El principal problema era que ella entraba en el juego con una gran desventaja. Para Agnes, el amor no era un sentimiento posible, sino una realidad. Por esa misma razón decidió no darse por vencida y exigir aquello que anhelaba.

Tenía que luchar por su felicidad, igual que había hecho su hermana. Y si para conseguirlo tenía que seguir las reglas del duque, estaba dispuesta a hacerlo, aunque tuviera que recopilar la información de la que carecía por cualquier medio. Si permitía que él llevara el peso del cortejo, si le dejaba hacer su santa voluntad, terminaría casada con él sin que el amor formara parte del matrimonio. Por ese motivo tenía que aprender a tentarlo, a lograr que la deseara para así poder entrar en su corazón.

Con esa idea en mente se levantó de un salto de la cama, se puso la bata, y salió a hurtadillas de su dormitorio con una vela encendida en las manos.

La casa estaba en completo silencio por lo que pudo bajar sin que nadie la descubriera. Con mucho cuidado y casi sin hacer ruido abrió la puerta de la biblioteca y entró. Ni siquiera se había calzado en su afán de ser lo más silenciosa posible.

Sabía perfectamente lo que buscaba porque la biblioteca era uno de sus rincones favoritos. Conocía prácticamente la ubicación de cada uno de los libros. Por ello se paró frente a la estantería que contenía los libros en latín y buscó el que necesitaba. Tras casi cinco minutos sin dar con él, comprendió que su hermano lo había colocado en la parte de arriba de la estantería para evitar que sus hermanas lo cogieran con facilidad. Como si Sophia pudiera leer en latín, pensó Agnes. El inesperado pensamiento la pilló por sorpresa: estaba en alto para evitarla a ella, no a su hermana. ¿Acaso creía Phillip que ella estaba interesada en tales asuntos? Sonrió para sí misma, no podía culpar a su hermano por ello puesto que sí, ahora lo estaba.

Ansiosa por dar con él acercó una silla y se subió en ella.

El arte de amar de Ovidio quedó a la altura de sus ojos en cuanto se subió a la silla.

—¡Te tengo! —dijo, sacando el libro de su lugar. Tenía gruesas tapas de cuero y olía como se suponía que debía oler un libro dedicado al amor, exactamente del mismo modo que olían los

hombres a cuero y a tabaco. Seguramente este último aroma se había impregnado en él porque Phillip fumaba en la biblioteca, cuando las damas no estaban cerca.

Sin bajar de la silla lo abrió y buscó el libro tres: *Consejos para que las mujeres puedan seducir a un varón*, y leyó los primeros versos.

Agnes había aprendido latín gracias al párroco de la rectoría del vizcondado Edgehill, y era a él a quien se le había escapado la existencia del libro que ahora Agnes sostenía en sus manos. Sin ser consciente de lo que hacía, el viejo párroco había despertado en su alumna el deseo de aprender lo que prometían esas páginas que él había tratado de prohibirlas.

Sintiéndose victoriosa, bajó de la silla y volvió a colocarla donde estaba. Acto seguido abrió la puerta y, tras comprobar que no había nadie por el pasillo, salió corriendo de camino a sus habitaciones.

A la mañana siguiente, cuando su doncella fue a despertarla, Agnes se sentía cansada, confundida y sobre todo decepcionada.

Se había pasado prácticamente la noche entera leyendo, con la curiosidad a flor de piel y los recuerdos de los besos del duque todavía en sus labios. Pero el texto hablaba solo de cómo las mujeres debían aprovechar su juventud, de cómo estar guapas para atraer a los hombres, pero muy poco de lo que ella deseaba saber.

Tal vez su doncella pudiera ayudarla a despejar sus dudas, decidió mirando a Mildred, quien tras apartar las cortinas, estaba dejando la bandeja con el chocolate en la mesita junto a su cama. La chica era bonita, pero tan tímida que Agnes comenzó a dudar de que supiera algo más de lo que ella ya sabía.

Todavía entre las mantas pensó en Caroline, pero si le planteaba a su cuñada las dudas que tenía tal vez la escandalizaría y su hermano terminaría enterándose de todo lo que estaba sucediendo entre ella y Adler. Al fin y al cabo, Caro era hermana de un marqués y había recibido una educación mucho más estricta de la que ella y Sophia habían recibido. Sus padres les habían permitido estudiar todo lo que deseaban y cuando murieron, Phillip siguió dejándoles la misma libertad.

El pensamiento sobre el marqués de Hawkscliffe le trajo a la mente a la marquesa. De repente su cansancio se esfumó y se encontró llena de energía. Si había alguien a quien podía preguntarle sus dudas esa era Alice. La marquesa había protagonizado un pequeño escándalo persiguiendo a Phillip y era la clase de mujer que no temía decir lo que pensaba.

—¡Mildred! —llamó Agnes—, voy a escribir una nota, encárgate de que un lacayo se la lleve a Lady Alice, la marquesa de Hawkscliffe, y que no se marche de allí sin una respuesta.

—Entendido, milady.

Le costó apenas cinco minutos escribirla, los mismos que tardó la doncella en hacérsela llegar a un lacayo para que la llevara.

Agnes esperó la respuesta mientras desayunaba en su habitación. En las últimas semanas Caro no bajaba hasta después de desayunar y cuando lo hacía estaba pálida. Agnes deseaba que terminara la temporada para que su cuñada pudiera descansar del ajetreo de Londres en el campo; por ello ella misma desayunaba en su dormitorio donde estaba igual de sola que en el comedor.

Acababa de terminar cuando llamaron a la puerta y apareció Mildred con la respuesta de la marquesa.

Emocionada por la decisión de Alice, se levantó para cruzar la habitación sin poder esperar a que su doncella se la llevara. La abrió con rapidez y se puso a leer.

—Mildred, ayúdame a vestirme —pidió feliz—, voy a salir.

Capítulo 11

Gillian no podía dormir. Había sido una tonta al creer que Reece Hadburn podía cambiar de opinión y casarse con ella. Para él ella no existía. En los bailes la ignoraba tanto que incluso había comenzado a dudar de su corporeidad.

Esa misma noche, cuando se había acercado a Agnes para solicitarle una pieza, se había limitado a hacerle una breve inclinación con la cabeza, y solo porque no podía ignorarla sin que su amiga pensara que era un grosero.

Después, cuando habían coincidido en la cuadrilla, había vuelto a la costumbre de ignorar su presencia.

Una vez más se dio la vuelta en la cama. ¿Por qué no podía dejar de pensar en él? ¿No se había puesto ya bastante en ridículo por su causa?

—¡Suficiente! —se gritó a sí misma.

No había nada que pudiera hacer. Por mucho que hubiera ayudado al duque de Rutland a comprender cómo debía actuar si no deseaba perder a Lady Agnes, el resultado seguía siendo el mismo. El de dos hombres pugnando por la atención de su mejor amiga.

Y, aun así, no sentía ningún rencor por ella, ni siquiera celos de que Agnes tuviera el afecto de Reece. Ella era demasiado importante para Gillian como para manchar su amistad con esa clase de sentimientos negativos. No, no sentía celos, ni rencor. Lo único que albergaba su corazón era lástima de sí misma y autocompasión en grandes dosis.

Y, quizás, una pequeña semilla de recién descubierto coraje y de deseo de auto conservación. Rutland había tenido razón al decir que el conde de Harewood era un necio, y Gillian sabía que iba a ser muy desgraciada si su padre la obligaba a casarse con él, por lo que debía evitarlo a toda costa.

Se sentó en la cama de un salto.

Esa era su segunda temporada. El fallecimiento inesperado de su madre había hecho que debutara más tarde de lo que correspondía a cualquier dama noble, y la única razón por la que había rechazado las propuestas de matrimonio que había recibido hasta el momento era porque esperaba que el marqués cambiara de opinión y aceptara el compromiso que sus padres habían sellado; no obstante, ahora sabía que eso ni había sucedido ni iba a suceder. De modo que, una vez aceptada la realidad, debía pensar en su futuro cuanto antes.

Su padre iba a obligarla a casarse con Harewood si no se comprometía con un caballero de su elección y, aunque su elección había sido clara desde el principio, el caballero en cuestión no estaba interesado en su oferta, lo que la obligaba a hacer una nueva criba.

De todos los nobles que conocía, ¿cuál podía ser el apropiado para convertirse en su esposo? Seguro que había alguien con quien podía ser, si no feliz, sí dichosa.

Se levantó a toda prisa de la cama y sin ponerse la bata buscó en su escritorio papel y pluma. Una lista, se dijo, ese era el modo correcto de proceder.

Tenía que ser práctica dado lo avanzada que estaba la temporada, y escoger a un caballero que se ajustara a lo que ella esperaba de un marido. Después tendría que convencerle de que ella sería la esposa perfecta para él, se animó sonriente.

Se sentó en su escritorio con papel y pluma y pensó en las cualidades indispensables que debía poseer su prometido. La primera era el atractivo, no precisamente físico, pero sí que tuviera algo que le atrajera de él. Encanto al hablar o belleza física, ¿por qué no? La segunda era

inteligencia, Gillian sería incapaz de ser feliz junto a alguien menos inteligente que ella, las conversaciones tediosas y típicas de los salones le resultaban molestas, de modo que su futuro esposo debía de ser capaz de hablar de otros temas capaces de despertar su interés. La tercera cualidad era nobleza, el título no era necesario, no pensaba en esa clase de nobleza, sino en el sentido amplio de la palabra, debía ser una buena persona, lo que le llevaba al punto cuatro: el candidato perfecto debía ser un caballero. Su padre podría aceptar que no tuviera título, pero se negaría en redondo a aceptarle si no era un caballero. La fortuna tampoco era necesaria, su propia dote ya era una fortuna en sí. Detalle que hacía más fácil confeccionar una lista.

Ilusionada por las expectativas que se había creado se dispuso a escribir el primer nombre:

Lord Townshend, anotó. El vizconde cumplía con las cuatro cualidades que Gillian exigía, el único problema que podía hacer zozobrar su nombre en la lista era que no estaba interesado en el matrimonio.

Gracias a su amistad con Agnes y Sophia, Gillian había conocido en mayor profundidad al vizconde, y sabía de buena tinta que el matrimonio no entraba en sus planes más próximos.

El siguiente de la lista fue Lord Worsley. Era sumamente atractivo además de un caballero en toda regla, se dijo; a él le siguieron Lord Hemsley, Lord Billingham, Lord Bellamy, Lord Aldrich...

Debía de reducir la lista a tres candidatos, decidió. Y una vez que la lista tuviera solo tres nombres debía de descartar a uno de ellos, de modo que le quedaran dos candidatos que debía repartir entre las dos semanas de temporada que le quedaban.

Gillian volvió a leer la lista y tras pensarlo con detenimiento tachó a Billingham, de todos ellos era con quien menos había hablado por lo que no podía asegurar que no fuera un necio. A este le siguieron otros nombres. Tras tacharlos solo le quedaron tres: Townshend, Hemsley y Bellamy.

Se levantó para buscar su bata mientras le daba vueltas al nombre que quedaba por eliminar. Había estado tan emocionada confeccionando la lista que ni siquiera había reparado en el frío del dormitorio. No obstante, una vez terminada se dio cuenta de que la chimenea estaba prácticamente apagada y de que tenía el cuerpo helado.

Tras cubrirse con la bata regresó al escritorio con la decisión de tachar a Lord Bellamy de la lista. Dejando en ella a los dos candidatos seleccionados.

—¡Decidido! —se animó.

En esos momentos no podía permitirse el lujo de ser una romántica como Agnes, ella contaba con el apoyo incondicional de su hermano, quien no la obligaría a casarse con quien ella no deseara, no obstante, Gillian no disponía de la misma comprensión por parte de su padre y, aunque una parte de ella comprendía a su progenitor, quien deseaba verla establecida porque se preocupaba de que su heredero, el hijo de uno de sus primos, no se ocupara correctamente de Gillian una vez que él ya no estuviera. La otra parte, creía que, dada la excelente salud de su padre, este podía darle algo más que dos escasas temporadas para dar con el esposo apropiado para ella.

Suspiró molesta. No podía hacer nada.

Puede que su padre la consintiera en algunas cosas, pretendiendo con ello que Gillian no echara en falta el amor de una madre, no obstante, en ciertos temas, como su seguridad, el marqués era implacable cuando tomaba una decisión y era evidente que la que concernía a su matrimonio era irrevocable.

Fuera como fuera, debía ser práctica y, dado que había decidido renunciar a sus esperanzas de

contraer matrimonio con Rockingham, no le quedaba más remedio que seguir con el plan y repartir sus dos semanas entre los dos candidatos supervivientes a la criba.

—Comenzaré con Lord Townshend —dijo guardando la lista en el cajón.

Martin era atractivo, eso nadie podía negarlo, pero además de eso era alguien lo bastante noble y desinteresado como para ser amigo incondicional de dos damas poco convencionales como lo eran las hermanas Carroway. Y, aunque parecía un caballero sencillo e incluso tímido, Gillian tenía la sensación de que era mucho más de lo que parecía a simple vista. Y si había algo que Gillian disfrutaba eso eran los misterios.

Capítulo 12

Agnes ya sabía que la marquesa de Hawkscliffe era capaz de conseguir cualquier cosa que se propusiera. No obstante, cuando le dijo que iba a solicitarle a Madame Fontaine que cerrara la tienda para atenderlas a ellas en exclusiva, la muchacha tuvo sus dudas.

La modista estaba muy solicitada desde que damas como Lady Alice o incluso ella misma vestían sus modelos, por lo que, sin menospreciar las facultades de su amiga, Agnes estaba segura de que la francesa se negaría. Sin embargo, había aceptado y allí, a puerta cerrada, se encontraban las cinco: Lady Alice, Agnes, Gillian, la modista en cuestión y una de sus ayudantes, en plena tarde y en mitad de Bond Street, siendo atendidas por la modista más famosa de Londres.

—¿Cómo lo has conseguido? —preguntó Agnes con curiosidad cuando la mujer entró a la trastienda.

La marquesa le lanzó una mirada orgullosa y traviesa antes de responder.

—Digamos que ha sido gracias a lo mucho que Lucius me ama.

Gillian soltó una risita que trató de disimular, pero Alice, que la había escuchado perfectamente, se dio la vuelta y le guiñó un ojo confirmándole así sus sospechas.

Curiosa por las reacciones de ambas Agnes aprovechó un instante en el que Alice se marchó con la modista para que esta le mostrara las nuevas telas que había apartado para ella, para preguntarle a Gillian si comprendía lo que su amiga había querido decir.

—Es evidente que el marqués va a encontrar en su escritorio una sustanciosa factura de Madame Fontaine —comentó en cuchicheos Gillian.

—Entiendo —dijo fascinada.

—La marquesa es una mujer admirable —comentó Gillian—. De hecho, lo son todas las amigas de tu cuñada.

Agnes estuvo de acuerdo con su amiga.

—No lo comentes, pero Alice es mi favorita —confesó entre susurros—. Y también lo es de Sophia.

—La mía también —confesó Gillian.

Y las dos rieron como dos pequeñas que acababan de compartir un secreto.

—¡Niñas —llamó la marquesa—, venid aquí! Tengo una idea maravillosa —anunció jovial.

Cuando se acercaron hasta ella, la marquesa les mostró el boceto de varios vestidos que Madame Fontaine había dibujado para una de sus clientas habituales, una sobre la que su hermana Sophia tenía más curiosidad; y les contó la famosa idea que había tenido, que no era ni más ni menos que escogieran telas y se confeccionaran un vestido con alguno de esos patrones.

—Estoy segura de que mi padre no me permitiría salir de casa con un vestido así. Aunque es precioso —dijo Gillian soñadora.

Había decidido comenzar con Lord Townshend y estaba segura de que el vizconde sería incapaz de dejarla sola si la veía con un vestido como ese.

—Siempre puedes usar un chal delante de él. Después cuando llegues a la fiesta te lo quitas y deslumbras a todos los caballeros —instigó Alice.

Gillian se sonrojó.

—O a un caballero. Eso es elección tuya, querida —dijo, adivinando lo que pensaba—. Aunque yo me decantaría por todos ellos. Dispuesta a deslumbrar, que sea a la población masculina en pleno.

Madame Fontaine soltó una risita de conformidad.

—No creo que vaya a tener ocasión de ponérmelo. La temporada está a punto de terminar.

—Quizás sí que la tengas —intervino Agnes—. El marqués de Rockingham está preparando una cena en su casa —anunció—. Sería perfecto que pudieras usarlo para la ocasión.

—¿Con que el marqués de Rockingham? —murmuró Alice logrando que Gillian enrojeciera más ferozmente.

—Dudo que tenga previsto invitarme.

—¡Lo tiene! —explicó Agnes.

—¿Cuándo tendrá lugar esa cena? —intervino Madame Fontaine.

—En dos días —respondió Agnes.

—En ese caso no habrá problema, milady, el vestido estará disponible para usted esa misma tarde. Adjuntaré lencería para la ocasión —anunció—, no va a poder ponerse su combinación habitual con esta clase de corte.

Gillian asintió entre avergonzada y emocionada.

—¿Y el de Lady Agnes? —intervino la marquesa—, supongo que también tendrá listo el suyo.

La francesa asintió con solemnidad.

—Los dos estarán listos para el jueves. Ahora solo necesito que escojan la tela y el modelo que desea cada una. ¡Mary! —llamó a su ayudante, tómale las medidas a Lady Gillian mientras Lady Agnes escoge modelo y tela.

—Por supuesto, Madame.

Gillian desapareció con la muchacha tras uno de los reservados mientras Agnes y la marquesa revisaban la enorme variedad de telas de que disponían en la tienda. Tras escuchar los consejos de ambas mujeres, Agnes se decidió por el azul medianoche, un color que resaltaba su tez y el color de sus ojos.

Lady Gillian se decantó por un verde esmeralda que resaltaba el dorado de su pelo y de su pálida piel.

—No os olvidéis de llevaros un chal, queridas —aconsejo Alice con un guiño—. Y por encima de todo, si os pillan vuestros parientes no les digáis que yo he sido la instigadora del plan —dijo bromeando.

Capítulo 13

Agnes desconocía los métodos que utilizaba el duque para arrastrarla cada noche, sin montar un escándalo, a algún rincón solitario donde la besaba y la provocaba de maneras que ella desconocía que fueran posibles.

Esa misma noche la había llevado hasta la biblioteca del barón Durrell, sin que la alta sociedad les descubriera, y tras acomodarla en el canapé la había besado sin que mediara palabra entre ellos.

Agnes dejó escapar un gemido y se rindió al beso, le rodeó el cuello con las manos y tiró de él para acercarlo más. Lo que él le hacía sentir no era nada que pudiera aprender en los libros o que se pudiera explicar con palabras, decidió antes de perder el hilo de cualquier pensamiento.

Adler le sujetó la cabeza con una mano y le colocó la otra en la parte baja de la espalda antes de incrementar la intensidad del beso. Se deleitó con la respuesta femenina y saboreó sus deliciosos labios durante unos momentos antes de invadir su boca con la lengua. Pero en ese preciso instante recuperó la cordura y comenzó a apartarse de ella de mala gana.

Sus constantes escapadas habían comenzado a ser un tormento que se infligía a sí mismo sin compasión.

Confuso e incluso frustrado por su propio comportamiento, el duque se irguió y apretó los dientes, tratando de calmar su necesidad de llevarlos a ambos un paso más allá. En esos instantes estaba excitado que temía perder la razón ya que lo único que deseaba era tumbarla en el canapé y besarla una vez más... en los pechos, en los muslos, entre las piernas. Tenía que largarse de allí antes de sucumbir a sus deseos.

—Creo que es suficiente por esta noche —musitó tratando de calmarse.

Agnes parpadeo, como si sus palabras acabaran de despertarla de un sueño en el que solo estaban ellos dos.

—¿Por qué?

El duque gimió lastimoso. ¿Cómo podía ser tan inocente y provocativa a la vez?

—Es peligroso —dijo besándole la frente y apartándose de ella.

—¿Temes que alguien nos descubra?

Él negó con la cabeza.

—Si alguien nos descubriera no tendrías más remedio que casarte conmigo, justamente lo que deseo que suceda.

—¿Entonces? ¿Cuál es el problema?

—Se trata de mi cordura. Si seguimos así voy a terminar por perderla —confesó poniéndose en pie—. Sé que no lo comprendes, pero...

—¡Lo comprendo!

Adler sonrió.

—¿De veras?

Agnes comprendió que había hablado más de la cuenta por lo que enrojeció y giró la cabeza para evitar su mirada.

—Agnes —insistió el duque—, ¿de verdad comprendes la situación?

Ella asintió.

—Yo... hablé con la marquesa de Hawkscliffe.

—¿Por qué?

—Deseaba complacerte, pero apenas sabía... nada.

La franqueza de sus palabras, y el contenido de las mismas, calentó la sangre de Adler. Ella deseaba complacerle, había dicho, si lo complacía más acabaría sufriendo un ataque al corazón y eso que no habían ido más allá de los besos y las castas caricias.

Tratando de serenarse cerró los ojos y respiró profundamente.

—¿Significa eso que aceptas ser mi esposa?

—Yo...

—Has dicho que deseas complacerme y no hay nada que me complaciera más que hacerte mi duquesa.

Adler la vio enrojecer antes de erguirse orgullosa y majestuosa, para responder:

—Creo que todavía debemos conocernos mejor.

De nuevo sintió el impulso de volver a besarla, diciéndose que ese sería el último beso que se darían esa noche, pero cuando su lengua se encontró con la de ella, supo que no podría detenerse.

Con suma delicadeza volvió a acomodarse con ella en el canapé mientras sus dedos rozaban su esbelto cuello y continuaban hasta la suave plenitud de sus pechos. Todos sus propósitos de autocontrol se fueron al traste en cuanto las palabras que ella acababa de pronunciar invadieron su mente: debemos conocernos mejor...

La boca del duque se había desplazado hasta su oreja y su aliento se volvió cálido y sensual, mientras con la lengua le provocaba un agradable cosquilleo. De su garganta fue bajando hasta sus pechos, y Agnes temió no poder controlar lo que estaba sintiendo. Entre sus brazos se sentía como si flotara, y se dejó arrastrar por aquel torrente de emociones. Era tan inocente que cada caricia, cada beso, abría para ella un nuevo mundo de sensaciones. Sensaciones que la tentaban a aceptar su propuesta, puede que él todavía no la amara, pero no tenía dudas de que lo que ella sentía por él era amor.

Sintió el aire frío en los pechos cuando el duque le bajó el corpiño y comenzó a trazar círculos con la lengua alrededor de un pezón, mientras su mano acariciaba suavemente el otro. Agnes se retorció entre sus brazos, tratando de impedir la dulce tortura que ella misma había pedido. El duque la sostenía y finalmente se llevó el duro pezón a la boca. Cuando empezó a chupar y frotar la piel sensible, ella creyó que perdería la cabeza.

En su interior crecía un ardiente nudo de ansiedad. Empezaba a padecer una necesidad que no podía definir ni entender. Estaba segura de que Alice no le había hablado de nada que fuera remotamente parecido a lo que sentía cuando estaba entre sus brazos.

—Debemos parar, Agnes. Pídeme que me detenga —rogó él.

—¿Por qué?

—Hazlo, antes de que no pueda resistirme —volvió a pedir él y su tono se asemejaba mucho al de un ruego.

Ella tenía la falda levantada y la mano del duque acariciaba el muslo.

—¡No quiero!

—Entonces acepta mi mano —pidió mientras su boca cubría el camino que antes había hecho su mano. Sus labios dejaron un reguero de besos desde su rodilla hasta su muslo, y siguió subiendo hasta que se detuvo en la zona más sensible. Allí donde Agnes se sentía más vacía y necesitada de sus atenciones.

Ella gritó mezcla de sorpresa y placer, y el duque aprovechó para apartar sus oscuros rizos y saborearla. La respuesta de Agnes fue tan sensual que apenas podía controlar su propia necesidad. Aun así, siguió besándola mientras tanteaba su entrada con un dedo. Estaba mojada y lista para sus

caricias de modo que la penetró con él, decidido a convencerla de que aceptara su mano.

Agnes se arqueó debajo de él y Adler supo que estaba a punto de romperse por lo que aceleró el ritmo de sus movimientos y se maravilló al verla estallar entre sus brazos.

—Cásate conmigo para que podamos seguir conociéndonos —pidió el duque cuando ella fue capaz de abrir los ojos de nuevo.

—¿Todavía hay más?

Él sonrió con picardía.

—Más. Mucho más.

Tanto que si no obtenía su palabra se volvería loco de deseo. Adler había aceptado que para conquistarla debía traspasar ciertos límites, pero su honor le impedía ir más allá de lo que había sucedido entre ellos esa noche. No podía comprometerla, al menos no por completo. Debía darle la posibilidad de elegir ser su esposa o no.

Aunque se muriera de ganas de que le aceptara, aunque para que ella fuera feliz tuviera él que ser infeliz por el resto de su vida.

Capítulo 14

Gillian no estaba dispuesta a asistir a la cena del marqués de Rockingham, de hecho, el que él la hubiera invitado le parecía un insulto. No se trataba de que no deseara verlo, nada más lejos de la realidad; por mucho que hubiera renunciado a él, el deseo de tenerlo cerca era imposible de borrar. De lo que se trataba era de que ansiaba verlo arrastrándose para que ella le perdonara por haber roto el compromiso. Y por mucho que le doliera reconocerlo sabía que eso nunca iba a suceder.

Cuando Agnes le había dicho que tenía previsto invitarla, no había terminado de creerla, pero ahora que tenía la invitación en sus manos no podía negar la realidad. Le importaba tan poco lo sucedido en el pasado que había sido capaz de invitarla, aunque hubiese sido a última hora.

—¿Qué sucede, querida? —preguntó su padre al verla tan conmovida.

La invitación había llegado mientras Gillian desayunaba con su padre. Ella había descartado la posibilidad de que lo hiciera porque, aunque Agnes le había hablado de la cena, la invitación no había llegado hasta ese momento. Lo que era una grosería que estaba segura de que el resto de los invitados no habían sufrido. Solo ella había recibido la invitación en el último momento, con seguridad esperando a que ella la rechazara.

—¿Gillian? —insistió el marqués.

Davis, el mayordomo de la familia, le había entregado la invitación en el comedor captando con ello la atención de su padre por lo que no podía mentirle.

Por otro lado, Gillian estaba segura de que su padre se opondría a que asistiera y con la prohibición paternal tendría la conciencia tranquila cuando le enviara una nota rechazando la invitación.

—El marqués de Rockingham va a dar una cena en Vauxhall y me ha enviado una invitación.

—¿Cuándo?

—Esta noche, en un pabellón privado.

—¿Y te ha enviado la invitación ahora?

—Así es.

Gillian clavó la mirada en el rostro de su padre para no perderse su reacción. No obstante, contra todo pronóstico, este no tuvo un estallido de ira, sino que se mantuvo impassible sin mostrar lo que la noticia había supuesto para él.

Tras varios minutos en silencio en los que los dos se dedicaron a seguir desayunando, el marqués decidió retomar la conversación.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Respecto a qué?

—A la invitación de Reece. ¿Vas a aceptar?

Gillian parpadeó sorprendida.

—¿Vas a permitir que lo haga?

El marqués se encogió de hombros.

—Hace años erais amigos.

—Jamás lo fuimos. Yo era una niña pesada que lo perseguía —comentó Gillian—. Él jamás me vio de otro modo.

—Él te apreciaba.

Gillian bufó molesta, sin importarle que el gesto fuera impropio de una dama o que los criados

la estuvieran escuchando.

—Eso no es cierto. ¿Acaso has olvidado que rompió nuestro compromiso?

Su padre le lanzó una mirada fulminante.

—No es necesario que me lo recuerdes.

—En ese caso no comprendo que me permitas asistir a la cena. Siendo sincera, esperaba que te negaras y que me obligaras a rechazar la invitación.

Él sonrió con sorna.

—¿Cuándo, si puede saberse, te he obligado yo a hacer algo que no desearas hacer?

Gillian le miró con fijeza unos segundos.

—Ahora mismo, padre. Pretendes casarme a pesar de mi oposición al candidato escogido.

El marqués carraspeó incómodo.

—Eso no tiene nada que ver con lo que estamos tratando. Lo hago por ti.

—¡Lo sé! Es solo que...

—Gillian, deja el tema y dime de una vez si tienes previsto a asistir a la cena o no.

—Supongo que iré si así lo deseas, aunque no llegue a comprenderte, padre.

El marqués volvió a carraspear.

—Es solo que puedo comprenderle, Gillian. Su rechazo no tuvo nada que ver con nosotros sino con su propio padre —hizo una pausa para ordenar sus pensamientos. Le había costado un tiempo darse cuenta de lo que había sucedido, pero con el tiempo de por medio había podido meditar al respecto y llegar a la conclusión de los motivos que habían llevado a Reece a cancelar el compromiso—. Después de lo que su padre hizo con su madre, se dedicó a llevarle la contraria en todo. Y tú formabas parte de las decisiones que el marqués había tomado por su hijo.

—¡Oh! —fue lo único que Gillian pudo decir.

Nunca había pensado que la decisión de Reece estuviera marcada por el odio a su padre. Ella siempre había creído que el rechazo tenía que ver con ella misma. Con el nulo afecto que sentía por ella.

No obstante, si se tenía en cuenta cómo se había enclaustrado en su propio círculo, alejándose de la alta sociedad, las conclusiones de su padre tenían cierto sentido. Reece había rechazado su título inglés en favor de su título italiano, se había puesto del lado de su madre, dándole la espalda a la alta sociedad a la que su progenitor pertenecía.

Incluso había rechazado a su familia paterna. A excepción de sus primos, no había vuelto a tratar con ninguno de ellos. Tanto era así que se negó a asistir al entierro del anterior duque de Rutland, el hombre al que hacía culpable de la mayoría de sus desgracias.

—Si no te opones, aceptaré la invitación —dijo, finalmente.

El marqués asintió sin levantar la cabeza de su plato de arenques, pero Gillian habría jurado ver una sonrisilla astuta en su rostro.

La dama se levantó de la silla con intenciones de regresar a su dormitorio. Las palabras de su padre hacían que su magnífico plan se tambaleara. Había decidido renunciar a Reece creyendo que él nunca la había visto como una posible esposa, pero si la realidad de su rechazo se debía al antiguo marqués de Rockingham y no a ella, las cosas cambiaban. ¿Quizás todavía disponía de una oportunidad?

—No seas ilusa —se dijo a sí misma en un susurro.

—¿Dices algo, querida? —preguntó el marqués.

—No, papá.

No debía echar por la borda sus planes ni podía descartar el plan porque no tenía ninguna

certeza de que Reece pudiera haber estado interesado en ella durante su compromiso.

Además, su odio hacía su padre no se había esfumado por mucho que hubiera recuperado su título de marqués. No podía permitirse tener esperanzas, debía aceptar el hecho de que había sido Agnes y no ella quien le había hecho regresar a la sociedad a la que pertenecía. Del mismo modo que era a Agnes a la que él cortejaba públicamente.

No, insistió, no podía abortar el plan solo por una vana esperanza.

El vizconde Townshend era su objetivo de la semana y debía acercarse a él lo bastante como para determinar si un matrimonio entre los dos era posible. Y afortunadamente el vizconde también iba a asistir a la cena.

Agnes se lo había dicho en el mismo momento en que le había contado que ella sería invitada. Y si había sido así en su caso, con lo desconcertante que era la idea, la asistencia del vizconde estaba garantizada.

—Voy a mi dormitorio para avisar a mi doncella del cambio de planes para esta noche.

—Gillian, arréglate especialmente esta noche —dijo su padre sorprendiéndola—, haz que se arrepienta de su decisión.

La rubia parpadeó sorprendida.

—¡Lo haré, papá! —respondió. Tenía el vestido perfecto para la ocasión, aunque no fuera el destinatario de sus encantos. Como bien había dicho Lady Alice, se podía deslumbrar a varios hombres a la vez.

Gillian ya no estaba en el salón de desayunos cuando el marqués estalló en carcajadas.

—Ha sido una jugada perfecta, ¿verdad, Davis?

—Magistral, milord. Ha sido magistral.

Capítulo 15

Agnes bajó las escaleras sin apartar la mirada del duque de Rutland, que la esperaba a los pies de las mismas en la mansión del vizconde Edgehill.

Cuando la doncella la había avisado de que este había ido a recogerla, el corazón se había saltado un latido, mezcla de sorpresa y de placer. El que el duque estuviera allí para acompañarla a la cena de esa noche implicaba muchas cosas.

Estaba tan atractivo como siempre, vestido de negro, pero había un brillo en sus ojos que antes no estaba allí o en el que Agnes no había reparado.

—Buenas noches, excelencia —saludó cuando llegó a su lado.

El tomó su mano y le dio un beso en los nudillos.

—Milady, está usted preciosa.

Agnes sonrió con travesura. Esperaba que el duque siguiera pensando lo mismo cuando se quitara el chal y el vestido quedara a la vista en todo su esplendor.

—Gracias. Es muy amable.

Caroline, quien también estaba vestida para asistir a un baile parecía tan emocionada como la propia Agnes.

—Que lo paséis bien.

—Y vosotros.

Tras despedirse de su cuñada y de su hermano, que salía de su estudio en ese momento, también ataviado para salir, abandonó su casa y se topó con el carruaje del duque.

—Me ha parecido más apropiado llegar junto con Lord Townshend y Lady Gillian —explicó—. Nos están esperando en el carruaje.

Agnes asintió.

—Si estás de acuerdo mañana mismo anunciaremos nuestro compromiso en el periódico. Ya he informado a tu hermano de que has aceptado —dijo tratando de parecer serio, aunque la sonrisa le delataba—. Y tú podrás contárselo a tu hermana esta misma noche. Si por mí fuera lo habríamos anunciado esta misma mañana.

—Tengo que contárselo yo misma a mi hermana. ¿Estás seguro de que Sophia va a asistir?

Adler asintió.

—¿Y el luto?

—Reece ha preparado un pabellón privado y ha invitado solo a gente de confianza. Nosotros y los vizcondes Torrington.

—Es maravilloso que mi hermana pueda salir por fin.

—Así es —coincidió y la ayudó a subir al carruaje cuando el lacayo abrió la puerta.

La recibió la sonrisa de Gillian que estaba sentada frente a Martin. Su amiga iba vestida de verde lo que le aclaró al instante sus dudas sobre si se habría atrevido a ponerse o no el vestido de Madame Fontaine.

Consciente de que nadie en el carruaje sabía acerca de su compromiso, se sentó junto a Gillian y saludó a Martin, quien la aduló con afecto.

El camino hasta los jardines de Vauxhall lo hicieron en buena sintonía. Aunque era nuevo en el grupo, supo adaptarse a ellos con rapidez. La amistad entre los tres era digna de ver, pensó Adler. La única que faltaba era su prima, Lady Sophia.

Había ocasiones en las que Agnes comenzaba una frase y, o bien Martin o bien Gillian, la

terminaban por ella. Y lo mismo sucedía cuando alguno de los otros dos trataba de decir algo.

El duque estaba deseando que todo el mundo supiera acerca de su compromiso con Lady Agnes. No obstante, comprendía que su prometida deseara que su hermana conociera la buena noticia de sus labios y no a través de la prensa. De igual modo, podía comprender que todavía no se lo hubiera dicho a sus amigos, ya que la primera persona a la que Agnes deseaba contárselo era a su hermana.

El carruaje se detuvo al llegar a la puerta de los jardines y los cuatro descendieron para acceder a ellos. No estaba tan concurrido como solía estarlo porque al estar a punto de finalizar la temporada los bailes se acumulaban.

Con la misma sintonía con la que habían viajado, llegaron hasta el pabellón y se toparon con el marqués y los vizcondes Torrington, que fueron los primeros en llegar.

Rockingham saludó a sus invitados y las damas fueron acomodándose. Fue en ese instante cuando se produjo una pequeña conmoción. Primero Lady Gillian, que seguía junto a Martin, y después Lady Agnes se despojaron de los chales con los que se habían resguardado del frío aire de la noche, dejando al descubierto sus vestidos.

—¡Dios mío! —exclamó Lord Townshend alertando al resto de invitados.

—Martin, ¿te encuentras bien? —inquirió Agnes entre risitas.

—Perfectamente —respondió sin mirarla, ya que sus ojos no se apartaban del escote de Lady Gillian.

Seguía sonriendo por la reacción de su amigo cuando notó algo cálido sobre los hombros. Se dio la vuelta para comprobar qué era y se topó con la mirada ardiente de su prometido que la había cubierto con su capa.

—¿Adler?

—Creo que será mejor que te cubras si no deseas resfriarte.

—Están preciosas —intervino Lady Marianne, esposa del vizconde—, tiene que decirme quién es su modista. —Comentó apoyándolas.

—Definitivamente seré el caballero más afortunado del mundo si te veo con un vestido así puesto, querida —fueron las palabras del vizconde que corrió a socorrerlas, igual que había hecho su esposa.

Agnes frunció el ceño y se deshizo de la capa.

El duque, consciente de que de momento debía ser discreto, gruñó, pero lo permitió.

El ambiente seguía incómodo cuando otra de las invitadas, la señorita Bianchi, hizo acto de presencia en el pabellón.

Contra todo lo que la mujer había esperado, ni Lord Rutland ni Lord Townshend le hicieron el menor caso, detalle que no pasó desapercibido tampoco para el anfitrión, quien, aunque esperaba que su primo la ignorara, no había creído que el vizconde Townshend fuera capaz de hacerlo.

Molesto, miró a la rubia que estaba a su lado y comprendió que Lord Martin ya no estaba interesado en la italiana, sino en cierta dama de la que no se separaba. La idea de que estuviera interesado en Gillian le puso de mal humor. El vizconde era un caballero, además de una buena persona proveniente de una familia sin tacha, lo que le convertía en un buen partido. Y si bien parecía tener éxito entre las damas, Reece estaba seguro de que una vez casado sería de los que respetaban los votos matrimoniales.

Sus pensamientos se esfumaron de golpe cuando los últimos invitados aparecieron. Su primo, el duque de Grafton, y su duquesa, que parecía encantada de estar allí, fueron directos a saludar a Lady Agnes, saltándose un poco el protocolo de dirigirse al anfitrión en primer lugar.

Tras los saludos, ocuparon sus lugares correspondientes, que, al tratarse de una cena informal, fueron los que cada uno de ellos desearon tomar y comenzó a servirse la cena.

El ambiente era agradable y la cena inmejorable. No obstante, Reece se sentía intranquilo.

Por un lado, no podía apartar la mirada de la pareja formada por Lady Gillian y por Lord Martin, y por el otro tenía la sospecha de que su primo, el duque de Rutland, se había ganado la mano de la dama que ambos habían estado pretendiendo.

Capítulo 16

Una vez finalizada la cena Lady Sophia y Lady Agnes anunciaron que deseaban dar un paseo, y nadie pareció sorprendido por ello, ni tampoco se ofreció a acompañarlas. Tan solo intervino el duque de Grafton, quien les pidió que no se alejaran y que caminaran por las zonas iluminadas.

Agnes se preguntó si su cuñado sabía qué era lo que quería contarle a su hermana. Tal vez el duque le había dicho algo acerca de su compromiso...

—¡Ay, Agnes! —exclamó Sophia de repente—. Soy tan feliz. Estar casada es tan maravilloso.

—¿De veras? La última vez que te visité parecías preocupada.

Sophia se sonrojó.

—Estaba equivocada. Soy muy feliz —añadió sin dejar de sonreír—. Espero que tú también encuentres a alguien como Andrew.

—Bueno, en realidad...

Sophia se detuvo abruptamente.

—¿Agnes?

—Acabo de comprometerme con el duque de Rutland —anunció entre avergonzada y dichosa.

Sophia dio un grito de alegría antes de abrazarla.

—¡Lo sabía, lo sabía! —repetía sin parar—. Sabía que era perfecto para ti.

Agnes asintió y Sophia se separó de su hermana con el ceño fruncido.

—¡Un momento! Vamos a ser primas además de hermanas —soltó una carcajada—. ¿No te parece un poco raro?

—No lo había pensado.

—Pues así es. ¿Cuándo vais a hacer el anuncio? Y lo más importante, ¿cuándo será la boda?

—Adler pondrá mañana en anuncio en el periódico. No quería anunciarlo antes de decírtelo a ti.

—¿Y por qué no viniste corriendo a decírmelo?

—He ido a verte esta mañana, pero tu mayordomo me ha informado de que el duque le había dicho que no ibas a recibir a nadie porque estabas indispuesta. Ni siquiera me ha permitido entrar a mí, que soy tu hermana.

Lady Sophia se sonrojó tan violentamente que su hermana se preocupó porque tuviera fiebre.

—¿Te encuentras mal? ¿Debemos volver? Si estabas indispuesta no deberías haber salido esta noche —la regañó.

—No estoy enferma y no lo estaba esta mañana.

Agnes la miró sin comprender.

—Mi esposo... él... —la cara de su hermana seguía encendiéndose y Sophia solo lograba balbucear palabras sin sentido.

—¡Regresemos!

—Estoy bien. Ya lo... comprenderás cuando te cases —dijo por fin.

—¡Oh! ¡Oh!

—Por favor, querida, vamos a cambiar de tema, ¿quieres?

Agnes asintió tratando de disimular su propia risa avergonzada. Volvieron a echar a andar y Sophia recordó que su hermana no le había respondido nada acerca de la fecha de la boda.

—Nos casaremos el último día de la temporada. Adler tiene una licencia especial preparada para que nos casemos cuanto antes, pero yo voy a necesitar tiempo para organizarlo todo.

—Sabes que puedes contar conmigo, ¿verdad?

Agnes asintió.

—La verdad es que esperaba que lo hicieras. Después de todo eres la que tiene experiencia.

—Además, no te olvides de que soy la hermana mayor —dijo muy seria, despertando las risas de Agnes.

Capítulo 17

Lady Sophia y Lady Agnes no habían vuelto de su paseo cuando Lord Martin invitó a Gillian a conocer los famosos jardines de Vauxhall. La invitación no tendría nada de especial si no fuera por la fama que el parque tenía de ser un rincón en el que los amantes podían estar a solas.

Gillian, sorprendida por la propuesta, aceptó con una sonrisa entre tímida y asombrada.

—Será mejor que cojas el chal —advirtió el marqués de Rockingham, demasiado molesto como para darse cuenta de la familiaridad con la que había hablado a la dama en público—. No querrás resfriarte.

—Reece —avisó el duque de Grafton tirándole de la manga.

—¿Qué? —se dio la vuelta con una mirada que podría haber derretido un iceberg. La furia ardía en sus ojos con tanta intensidad que nadie más se atrevió a hacer otro comentario sobre el tema.

Por fortuna la pareja ya se había alejado por lo que ninguno de los dos se dio cuenta del estado del mal humor en que se encontraba el marqués.

—Esta noche está muy hermosa, milady.

Gillian sonrió, encantada con la lisonja.

—Gracias, es muy amable. El mérito es de Madame Fontaine.

—Lo cierto es que no creo que se deba al vestido sino a su sonrisa. Parece especialmente alegre.

Gillian parpadeó por la sorpresa.

—¿Alegre?

Martin asintió.

—¿Es posible que el marqués de Rockingham tenga algo que ver con ella?

—¿Cómo dice?

—He de confesarle que Agnes me pidió que esta noche fuera especialmente atento con usted, aunque no crea que mi amabilidad se debe en exclusiva a esa petición.

—¡Oh!

—Le aseguro que Agnes no me dio detalles, no obstante, he podido observar las reacciones de Rockingham y estoy segura de que él tiene algo que ver con las palabras de nuestra amiga.

—No sé de qué habla, milord.

Martin soltó una carcajada llena de diversión.

—Normalmente es usted más directa —censuró sin dejar de sonreír.

Gillian se sintió culpable. Él tenía razón, normalmente no mentía, sin embargo, si le decía la verdad acerca de sus sentimientos por Reece las posibilidades de que el vizconde fuera el único de su lista se iban al traste.

—Tiene razón —dijo por fin.

—¿En que es más directa o en mis sospechas sobre el marqués?

—En ambas.

—Creo que después de esta confesión deberías llamarme Martin —ofreció—, es evidente que nuestra amistad ha dado un paso más.

—En ese caso llámame Gillian.

—Encantado, Gillian —dijo él cogiendo su mano para besarle los nudillos.

Ella sonrió encantada y admirada con el vizconde. Era la primera vez que se mostraba tan

seductor con ella.

—Lo mismo digo, Martin.

Escucharon unos pasos rápidos tras ellos y antes de poder asimilar lo que sucedía el marqués apareció tras ellos hecho una furia y, sin mediar palabra, tiró de la mano de Lady Gillian y se la llevó de allí, ante la atónita mirada de Lord Townshend, que no tuvo tiempo de reaccionar.

—Reece, ¿qué te pasa? Suéltame —pidió ella mientras él la alejaba de su acompañante.

—¡Cállate, Gillian! —pidió entre dientes sin dejar de tirar de ella.

Tras andar tirando de ella unos minutos, finalmente, el marqués se detuvo en una arboleda de la que Gillian no estaba segura de cómo salir para llegar al camino principal.

—¿Estás loca? —preguntó a escasos centímetros de ella—. ¿No te han dicho que no hay que fiarse de los caballeros que tratan de llevarte a lugares oscuros y solitarios?

Aparentando más calma de la que sentía, Gillian respondió:

—Él no ha hecho tal cosa. He sido yo.

—¿Disculpa?

—Fui yo la que le pidió que tomáramos ese camino —mintió. Ella no había hecho tal cosa y dada su conversación con el vizconde, él no tenía segundas intenciones al llevarla por allí. No obstante, Reece no tenía por qué saber la verdad.

—¿Estás loca?

—Eso ya me lo has preguntado antes y si de verdad esperas una respuesta por mi parte, te diré que no. Puede que un poco desesperada, pero no loca. Mi mente está perfecta, gracias por tu preocupación.

El marqués pareció confundido por su respuesta.

—¿Desesperada? ¿De qué hablas?

—Mi padre quiere que me case con el conde Harewood a menos que encuentre un prometido antes de que finalice la temporada.

—No puede obligarte a eso. Harewood es un necio y un bobalicón.

Gillian se encogió de hombros.

—Me temo que sí que puede. Es por eso por lo que necesito a Martin.

—¿Martin?

Ella le miró confundida.

—Se llama así —explicó.

—Para ti se llama Lord Townshend.

Gillian comenzó a impacientarse.

—No veo por qué puede importarte cómo le llamo o cómo me llama él. Y te agradecería que me dijeras por dónde he de ir para regresar a su lado —y añadió en un tono de reproche—. Has sido un grosero con él.

El marqués gruñó, molesto por la defensa de Gillian.

—No vas a regresar a su lado.

—Reece, no tengo tiempo para estos juegos. Necesito...

—Sé perfectamente lo que necesitas —la cortó antes de aplastar su boca en la de ella.

Gillian trató de deshacerse de su agarre, pero él no se lo permitió. El beso comenzó con la confusión de ella, pero poco a poco se fue dejando llevar por las sensaciones. Estaba pegada al cuerpo de Reece, tanto que sentía su corazón martilleando a toda prisa contra su mano.

Gillian no supo cuánto tiempo estuvo entre sus brazos; ni siquiera le importó. Cuando se separaron apenas era capaz de respirar con normalidad y mucho menos de razonar.

—No deberías haberlo hecho —lo censuró ella, confusa por el gesto.

—No vuelvas a acercarte a Lord Townshend —recalcó su nombre para que no quedara ninguna duda de lo que quería decir.

—No veo por qué...

—Eres mi prometida. Tengo derechos.

Gillian no respondió, no podía hacerlo.

—Mañana hablaré con tu padre. Mientras tanto mantente alejada de cualquier caballero. Y, Gillian, no vuelvas a ponerte un vestido como ese en público. Cuando nos casemos podrás ponértelo para mí, pero nunca delante de nadie que no sea yo.

—Me pondré el vestido que desee cuando desee —desafió ella.

—¿Estás segura?

—¡Lo estoy!

El marqués no replicó, al menos no con palabras, volvió a acercarla a su cuerpo y la besó de nuevo, con más intensidad y pasión que la vez anterior. Se separó lo justo de sus labios para musitar:

—Estoy seguro de que podré convencerte...

Capítulo 18

La boda había sido espléndida y tan bonita que Agnes había estado a punto de echarse a llorar en varias ocasiones.

Gracias a que se había encontrado rodeada de todas aquellas personas que amaba, su dicha había sido inmensa. Su ahora marido quería que se marcharan al campo dos días más tarde, por lo que Agnes estaba nerviosa. No solo por lo que le esperaba esa noche, sino porque desde ese momento se había convertido en una duquesa y el título traía consigo muchas responsabilidades.

Consciente de que no debía pensar en ello cuando su esposo estaba a punto de visitarla, despachó a su doncella y se miró en el espejo.

¿Dónde se suponía que debía esperarle? ¿Sentada en el tocador? ¿Tumbada en la cama? Nerviosa y perdida, decidió que lo mejor era actuar como solía hacer por lo que se metió en la cama y abrió el libro que se había llevado de casa de su hermano.

Como siempre que el duque andaba cerca, ya fuera en sus pensamientos o en la realidad, no pudo concentrarse en lo que leía, por lo que se dedicó a fingir hasta que llamaron con suavidad a la puerta que comunicaba su alcoba con la del duque y esta se abrió despacio.

De un modo inconsciente dio un respingo cuando vio que él solo llevaba puesta una bata e incluso iba descalzo.

—Buenas noches, esposa.

—Buenas noches, esposo.

Sin deshacerse de la ropa, Adler se tumbó junto a ella en la cama, tembloroso y preocupado por lo mucho que la deseaba. Temía hacerle daño si no se controlaba. Había esperado tanto, había llevado tan al límite su autocontrol, que ahora temía no poder volver a ser capaz de dominar sus necesidades. Agnes le estaba mirando y la inocencia y el afecto que vio en sus ojos le espoleó con tanta fuerza que fue incapaz de hacer otra cosa más que devorar su dulce boca. Ella, sorprendida por la urgencia de su esposo, empezó a devolver el beso, a frotar su lengua contra la de él; con lentitud al principio, luego con más audacia.

A través de la fina tela del camisón, Adler sentía sus pechos apretados contra el torso; pero no era suficiente, por lo que de tres movimientos rápidos se deshizo de su propia bata y la estrechó aun más contra su piel desnuda. Hambriento, le asió el rostro entre sus manos para inclinárselo y que su lengua pudiera hacer una penetración más profunda. Él temblaba de deseo. Su esposa sabía bien, sabía a dulce, y sus pequeños gemidos destruyeron su tan magullado autodomínio. No quería detenerse nunca más. La idea le hizo gruñir de puro placer. Ya no debía hacerlo, se dijo. Ahora Agnes era su esposa y podía mostrarle todo lo que había deseado hacer con ella y que había tenido que reprimir.

El duque deslizó las manos entre ambos cuerpos para acariciarle los pechos; luego descendió hasta su vientre.

Él cambió de posición, sin dejar de besarla, y siguió bajando la mano hasta hallar lo que más deseaba. Sus dedos se hundieron entre el vello suave y rizado de la entrepierna. Con manos temblorosas por el deseo, tocó el centro mismo del placer, sabiendo que eso la llevaría al límite.

El rítmico movimiento de la caricia enloqueció a Agnes, quien se arqueó contra él, exigiendo más. Le rozó los hombros con las uñas, gimiendo su nombre.

Esa reacción desinhibida hizo que el duque perdiera su propio dominio.

Sus actos se tornaron más duros y decididos. La sujetó por el cabello, echándole la cabeza

atrás, y le selló los labios con los suyos, hundiéndole la lengua en la boca en el mismo instante en que hundía el dedo en su interior. La sintió mojada y lista para él.

Sacó el dedo de su interior y se arrodilló entre sus muslos. La empujó contra el colchón, levantándole las caderas, y la penetró de una sola embestida mientras ahogaba su grito con la boca. Estaba rodeado por ella, acariciado por su estrechez, invadido por un placer tan intenso como nunca antes había sentido.

Agnes sintió un dolor quemante. Sin embargo, en el transcurso de un segundo el dolor comenzó a disminuir hasta convertirse en una leve molestia.

Él quería darle tiempo para adaptarse, pero la decisión de contenerse duró apenas unos segundos. Ella se movió contra él, inquieta, y comenzó a acariciarle los hombros. Él se balanceó contra su cuerpo, se retiró lentamente para volver a empujar. Esos movimientos rítmicos se hicieron más potentes, más rápidos. Cada vez que se hundía de nuevo en ella era mejor que la vez anterior. Perdió la noción de todo, salvo de su gozo y el de ella.

Entró y salió de su cálida humedad hasta que Agnes cayó en las convulsiones del orgasmo, y fue entonces cuando Adler se permitió alcanzar el suyo, empujando una vez más en su interior.

El éxtasis fue tan intenso que dejó caer la cabeza contra el cuello de Agnes y lanzó un grave gemido de satisfacción.

Unos instantes después escuchó la voz susurrante de su esposa junto a su oído.

—Así que era cierto —estaba diciendo ella.

—¿Qué era cierto? —preguntó con un hilo de voz.

Sintió el aire caliente que escapó de sus labios cuando ella rio.

—Que había más.

El duque se incorporó un poco para mirarla a los ojos.

—Y todavía no he terminado de mostrarte todo lo demás —prometió, besándole la punta de su nariz.

Epílogo

«La temporada ha llegado a su fin y, aunque prometía finalizar con una boda del año lo cierto es que ha sido saldada con dos. Ya que las hermanas de cierto atractivo vizconde -lo siento, queridas, él también está casado y esperando a su heredero- han acaparado la atención de la alta sociedad al unirse en matrimonio con dos de los caballeros más codiciados de la alta sociedad, quienes, casualmente pertenecen a la misma familia. Ya se informó en su momento sobre el primero de estos enlaces, que tuvo lugar a pesar del luto por la muerte del cuñado del novio; la segunda boda del año también fue tratada en esta revista y, si no sucede nada que lo impida, el próximo año seguiremos informando de todo lo que suceda y, por supuesto, que sea digno de mención. De modo que la pregunta que lanzo a mis queridos lectores es: ¿qué nos deparará la temporada que viene Cupido? ¿Casaremos a cierto marqués esquivo? Se aceptan apuestas.»

Revista Secretos de sociedad.

Sobre Olga Salar

Olga Salar. Nació el veintidós de enero de 1978 en Valencia. Se licenció en filología hispánica para saciar su curiosidad por las palabras al tiempo que compaginaba su pasión por la lectura.

Escribió su primera novela con una teoría, para ella brillante y contrastada, sobre lo desastroso de las primeras veces, *Un amor inesperado* (Zafiro. Planeta), y tras ella siguieron la biología juvenil *Lazos Inmortales* (Amazon). En este mismo género acaba de publicar *Cómo sobrevivir al amor* (Planeta). Aunque ha sido en romántica adulta dónde ha encontrado su voz.

Es autora de *Quédate esta noche* (Amazon), *Íntimos Enemigos* (Versátil), *Una cita Pendiente* (Versátil), *Una noche bajo el cielo* (Amazon), *Jimena no deshoja margaritas* (Versátil), *Solo un deseo* (Zafiro. Planeta), *Di que sí*, con la que fue mención especial en el II Premio HQÑ Digital; *He soñado contigo* (Versátil), *Romance a la carta* (Versátil) *Un beso arriesgado* (HQÑ), *Igual te echo de menos que de más* (Amazon), *Kilo y $\frac{3}{4}$ de amor* (Amazon), *Un beso arriesgado* (HQÑ), *Deletréame Te Quiero* (HQÑ), *Contigo lo quiero todo* (HQÑ), *Duelo de voluntades* (HQÑ), *El corazón de una dama* (HQÑ), *Enamorarse: clases prácticas* (HQÑ), *Te dije que no la tocaras más* (Amazon), *Amor sin instrucciones de uso* (Amazon), *La serie Nobles* (Amazon), *La serie Edén* (Amazon), serie *Hasta que la ley nos separe* (Amazon) y *Si te atreves, ámame* (HQÑ) .

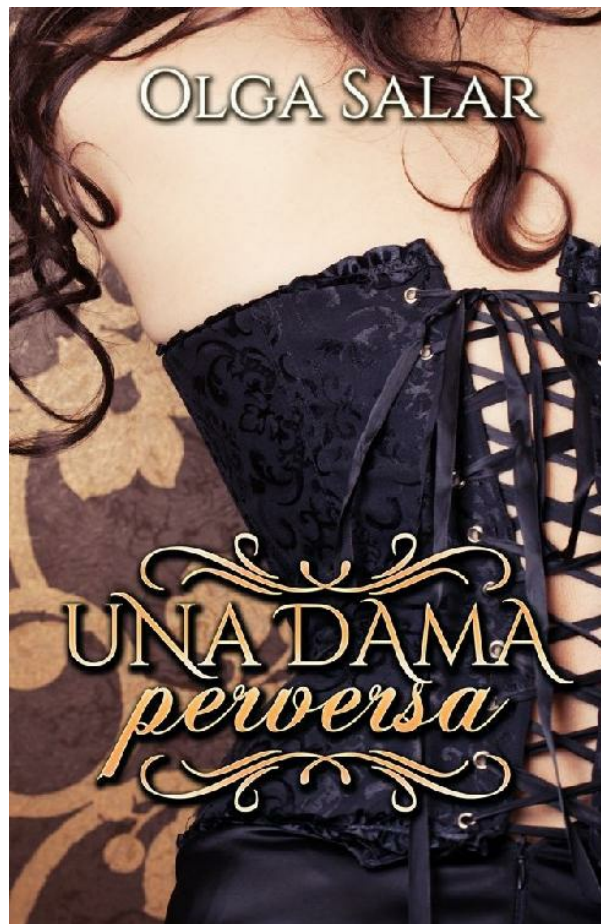
[Para conocer todas sus obras, pincha aquí](#)

Otras obras de la autora

Una dama perversa
Serie Damas #1

Lady Sofia Carroway estaba decidida a llevar hasta las últimas consecuencias sus intenciones de casar a su hermana esa misma temporada; con lo que no contaba era con que ella misma formaba parte del plan de otra persona, que estaba tan dispuesto como ella misma a conseguir todo lo que se había propuesto.

¿Podrán cumplir ambos con sus objetivos o el amor les hará ceder a los deseos del otro?



**Un duque para mí.
Serie Nobles nº 1**

Marcus Middlethorpe, duque de Rothgar, está decidido a evitar a las matronas que sueñan con casarlo con sus aburridas hijas. Con ese fin, ha trazado un plan que está seguro de que no puede fallar. Con lo que no ha contado es con el carácter de la dama que necesita como cómplice para que dicho plan tenga éxito.

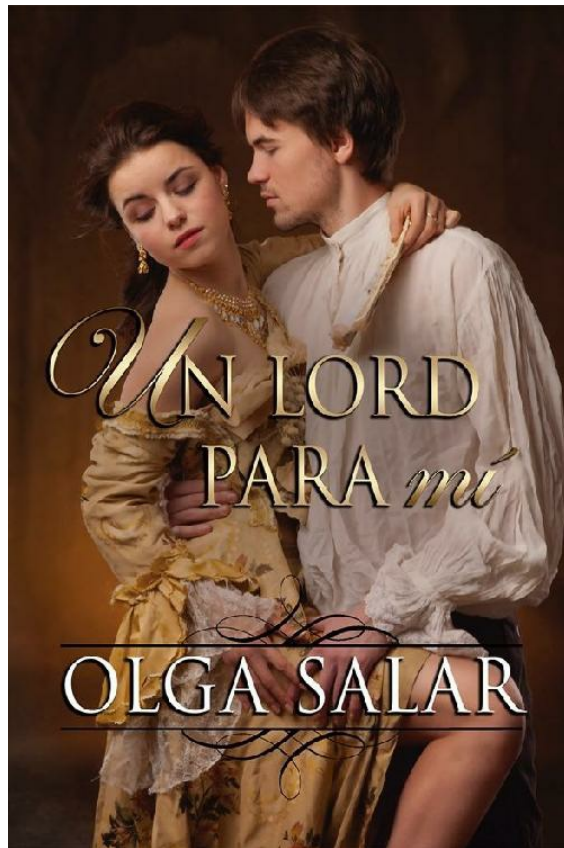
Lady Brianna Warwick no desea ser cortejada falsamente para cubrir apariencias. Ella está dispuesta a apostar fuerte y a arriesgar todo cuanto posee, si con ello consigue lo que su corazón ansía: el amor de cierto duque huidizo que la saca de quicio y le acelera la respiración.



**Un lord para mí.
Serie Nobles nº 2**

Lady Victoria Warwick ha estado enamorada del mismo caballero desde que supo lo que era el amor, a pesar de que el caballero en cuestión prefiera a su hermana mayor, a pesar de haberlos visto besarse...

Lord Sebastian Middlethorpe estaba decidido a disfrutar un par de años más de su soltería, hasta que se dio cuenta de que cierta dama se había dado por vencida y no tenía en mente esperarlo.



Un vizconde para mí
Series Nobles N° 3

El sueño de Lady Caroline Whinthrope siempre había sido el de viajar a Italia para aprender las técnicas de pintura de los grandes maestros.

Tratando de complacerla, su hermano, el marqués de Hawkscliffe, le prepara la sorpresa como regalo en su vigésimo segundo cumpleaños. El problema es que el viaje no podría haber llegado en peor momento, justo cuando acaba de prometerse al hombre que ama.

Respaldada por él, ambos deciden mantenerlo en secreto para que Caroline pueda cumplir su sueño.

Lo que esta jamás hubiera imaginado era que se vería obligada a volver a toda prisa de Italia para evitar que su prometido cortejara a otra dama.



Un marqués para mí
Series Nobles N° 4

Lady Alice Alvanley estaba cansada de fingir que todo iba bien, cansada de sentirse sola e incomprendida, de que sus padres apenas tolerasen su presencia en sus vidas.

Por todo ello, había decidido independizarse de ellos y, ¿qué mejor manera de hacerlo que buscándose un marido que la sacara de allí?

Lucius Whinthrope no podía quitarse de la cabeza a la osada Lady Alice. Primero había tenido que intervenir para que esta no estropeará el compromiso de su hermana y, después de que este, por fin, se hubiera formalizado, parecía encontrársela allá donde fuera. ¿Se habría convertido el marqués en su nuevo objetivo?

